

SAULO TORÓN, POETA LÍRICO

P O R

JOAQUIN ARTILES

Cuando Tomás Morales publica en 1908 *Los Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, la crítica madrileña lo convierte en la «representación poética» de las islas, y los poetas canarios lo reconocen como la voz y guía de la nueva generación, con poder de convocatoria. A este libro, como dirá más tarde Claudio de la Torre, «se debió, quizá, todo el movimiento poético del archipiélago, que es apenas poco más del que engendra una sola ciudad: Las Palmas».

En 1910 se celebran en esta ciudad los primeros Juegos Florales¹. Estas justas literarias, con la presencia activa de Unamuno como mantenedor de la fiesta, y la visita de Salvador Rueda² unos meses antes, incitaron aún más aquel desperezo lírico. Menudean

¹ Los Juegos Florales se celebraron en el teatro «Pérez Galdós» el 25 de junio de 1910. La iniciativa fue tomada por la sociedad «El Recreo», fundada por Julián Torón, hermano de Saulo. Los premios fueron para Tomás Morales («El bronce de la raza»), Alonso Quesada («El zagal de gallardía») y Suárez Moya («Velando las armas»), con la cuantía de 1.000, 400 y 200 pesetas. A Tomás Morales, ausente en Madrid, le sustituye en la lectura don Federico García Sanchiz, y a Suárez Moya don José Franchy.

² Salvador Rueda, invitado por la sociedad «El Recreo», estuvo en Las Palmas desde el 29 de diciembre de 1909 al 17 de enero de 1910, de paso para La Habana. La ciudad le tributó un grandioso homenaje en el teatro «Pérez Galdós», en que tomaron parte Luis Millares, González Díaz, Tomás Morales y Alonso Quesada. El Alcalde don Felipe Massieu lo coronó solemnemente con una corona de laurel. Durante el acto, entre los aplausos del público, Salvador Rueda y Tomás Morales se abrazan entrañablemente. Cuando Rueda intenta dar las gracias por el homenaje, no puede hablar por la emoción, se hinca de rodillas y llora.

entonces las tertulias literarias³. Se celebran recitales poéticos. El periódico «Ecos», fundado en 1915, que dirige Alonso Quesada⁴, convierte sus locales de la calle Travieso en lugar de cita de los llamados «intelectuales». Y poco a poco se va adensando el clima poético de la ciudad. Junto a los nombres de Tomás Morales, Alonso Quesada y Saulo Torón, aparecen en los periódicos insulares y en las revistas literarias, estrenando poemas o ensayando vocaciones, los nombres de Luis Doreste (n. en 1882), Domingo Rivero (1852), Claudio de la Torre (1895), Agustín Millares Carló (1893), Pedro Perdomo Acedo (1897), Luis Benítez Inglott (1895), Montiano Placeres (1885) y Fernando González, el más joven de todos (1901).

En 1915 se publica en Madrid *El lino de los sueños*, de Alonso Quesada, con prólogo de Unamuno⁵. En 1918, con la intrepidez de sus diecisiete años, lanza Fernando González *Las Canciones del Alba*. Al año siguiente, en 1919, publica Saulo Torón *Las monedas de cobre*, con un poema preliminar de Pedro Salinas. A fines del mismo año sale a la luz pública, con un lujo inusitado, el libro segundo de *Las Rosas de Hércules*, de Tomás Morales, con viñetas de Néstor y Miguel M. Fernández de la Torre y guardas de José Hurtado de Mendoza. En 1922, muerto ya Tomás Morales y en cumplimiento de su testamento literario, se publica el primer libro de *Las Rosas de Hércules*, que recoge los *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, con un prólogo de Enrique Díez-Canedo, un poema profético de Sal-

³ Se celebran estas tertulias en la casa de Alonso Quesada, en la de don Luis Millares, en el rincón formado por el «Lyon d'Or» y la entonces farmacia de Bojar junto al puente de Verdugo, en la redacción de «Ecos» de la calle de Travieso, en el balneario de Antonio Galán de la playa de Las Canteras, y hasta por las calles de la ciudad. Recuérdese que Alonso, Saulo, Claudio y otros amigos paseaban por las calles del Puerto, en amigable tertulia peripatética que, a veces, se prolongaba hasta la madrugada.

⁴ El primer número de «Ecos» se publicó el 4 de julio de 1915. Fundado por don Diego Mesa y López, defendía la política de don Vicente Ruano. Alonso Quesada era sobrino de doña Elena Quesada, la segunda esposa de don Vicente, circunstancia que se tuvo en cuenta cuando se le nombró Director del periódico.

⁵ Los cinco primeros ejemplares de *El lino de los sueños* fueron llevados a Las Palmas por Luis Doreste. Alonso y Saulo acudieron al barco a recibir los libros, mientras Luis Doreste alzaba los brazos enarbolando un ejemplar.



Saulo Torón (1885-1974).



Casa en que nació Saulo Torón, en la calle Real (hoy León y Castillo, 34),
de la ciudad de Telde.

vador Rueda y un retrato al óleo de Nicolás Massieu. En 1923 Fernando González, maduro ya en el oficio, publica su segundo libro, *Manantiales en la ruta*, con un retrato de Victorio Macho y unos versos iniciales de Tomás Morales. Y el mismo año, Félix Delgado, todavía una promesa, da a la luz *Paisajes y otras visiones*, prologado por Claudio de la Torre. En este prólogo de 1923 puede ya escribir Claudio, aludiendo al fuego lírico desencadenado por Tomás Morales: «La llama ha prendido y forma ya una gran hoguera».

Dentro de esta densidad poética, y con este coro de voces, publica Saulo Torón ⁶ sus dos primeros libros: *Las monedas de cobre*, en 1919, con un poema de Salinas, y *El caracol encantado*, en 1926, con una carta prólogo de Antonio Machado. ¡Qué lejos ya de aquel día, evocado por Luis Doreste, en que Saulo, tan pusilánime, tan retraído, «aparece en la trinca juvenil con un cuaderno de versos —su primera romántica aleación de perfumes marinos—, clasificándose como el más tímido y sensible pecho del ilusionado parnasillo!» ⁷. Después, en 1932, saldrá *Canciones de la orilla*, prologado por Díez-Canedo, y treinta y un años más tarde, en 1963, un breve cuaderno titulado *Frente al muro*, en la colección «Tagoro», con nota preliminar de Ventura Doreste, en que el poeta anticipa una parte de lo que sería su cuarto y último libro, *Frente al muro, Resurrección y otros poemas*. Este libro se publica en 1970, no aisladamente, sino en un volumen antológico, con toda la producción lírica de Saulo, bajo el título genérico de *Poesías* ⁸, y con un prólogo de Francisco Indurain.

⁶ *Las monedas de cobre* fueron leídas en un acto solemne del Museo Canario antes de su publicación. El Presidente del Museo, don Vicente Ruano y Urquía, intentaba con este acto iniciar una nueva etapa, convirtiendo el Museo en algo así como el Ateneo de Las Palmas. Hizo la lectura y la presentación Claudio de la Torre, que se encargó de cuidar su edición en Madrid. La edición de *El caracol encantado* y *Canciones de la orilla* estuvo al cuidado de Fernando González, lo mismo que el primer libro de *Las Rosas de Hércules* de Tomás Morales. Saulo había publicado sus primeros versos, un soneto titulado «Primavera», a los dieciséis años, en «El Teléfono», que dirigía Valentín Zamora. Después publicó muchos poemas en otros periódicos locales, sobre todo en el semanario «La Voz del Puerto», en «Ecos» y en «El País».

⁷ En el diario «Falange» de Las Palmas, 26 junio 1949.

⁸ Ediciones del Excelentísimo Cabildo Insular de Gran Canaria. Todas las citas del poeta se hacen sobre esta edición, indicando la página entre paréntesis, al final de cada cita.

LOS TRES GRANDES

Tomás Morales, Alonso Quesada y Saulo Torón eran los tres grandes de aquella generación poética y casi tenían la misma edad: Tomás y Saulo nacen en 1885 y Alonso un año más tarde, en 1886. Tomás y Alonso mueren muy jóvenes, con treinta y seis y treinta y nueve años⁹; la singladura de Saulo se estira hasta los ochenta y nueve¹⁰. Y los tres, tan amigos siempre y tan fraternos, iguales en

⁹ Tomás Morales murió el 15 de agosto de 1921, en el número 10 de la calle de Pérez Galdós. Saulo, con otros amigos, estuvo en su casa la noche última hasta las tres de la madrugada. Al saberse su muerte, confiesa Saulo, «sentí que me faltaba el aire. Cuando llegué a su casa, estaba ya amortajado, sepultado en flores blancas. Los amigos entraban y ante él toda entereza se quebraba. El día 16, al mediodía, lo llevamos a enterrar. Al borde de la fosa, uno a uno íbamos acercándonos a él y lo besábamos, sin poder contener las lágrimas». (Entrevista de Juan Hernández Rodríguez, en «Diario de Las Palmas», 11 agosto 1957.) Alonso Quesada muere el 4 de diciembre de 1925, en la Plaza de Doña Luisa, en Santa Brígida. «Una noche, cuenta Saulo, me llamaron sus familiares para que acudiera junto al lecho del enfermo. Cuando llegué, Alonso Quesada se moría. Ya no hablaba. Le llamé en varias ocasiones y no me contestó. Sólo una vez me miró con los ojos muy abiertos y quiso decirme algo. Se incorporó por unos segundos, pero volvió a caer en las tinieblas de la muerte. Pocas horas después fallecía. Estas imágenes las llevaré siempre en mi alma.» (Declaraciones de Saulo a Cano Vera, en «El Eco de Canarias», 10 noviembre 1966.)

¹⁰ El nombre completo de nuestro poeta era Saulo León Torón Navarro. Nació en la ciudad de Telde el 28 de junio de 1885, en la calle Real, hoy de León y Castillo. Fueron sus padres don Montiano Nicolás Torón y doña María Magdalena Navarro. Bautizado en la parroquia de San Juan el 21 de julio del mismo año, fue apadrinado por don Ricardo Placeres y doña Juana Torón. Ofició en la ceremonia el doctor don Pedro Jiménez, que más tarde habría de ser Canónigo Doctoral, Deán y Vicario General de la diócesis de Canarias. (Libro 48 de bautismo, f. 251, partida núm 100). A los dos años mueren su madre, un hermano y dos hermanas. La familia se traslada entonces a Las Palmas. Saulo estudia en su casa con su mismo padre y, muerto éste, con su hermano mayor Juhán. Su primer empleo fue en una tienda de tejidos, y, a los quince años, como mancebo de una farmacia con un sueldo de 50 pesetas al mes, frente al mercado del Puerto de La Luz. Deja este empleo después de tres años, pero vuelve cuando su cuñado compra la farmacia, y allí vive hasta su matrimonio. De la farmacia pasa a la «Compañía Carbonera Gran Canaria», con destino a la caseta del muelle, trabajando muchas veces hasta la madrugada, con un sueldo de 75 pesetas mensuales. En 1930 es trasladado a las oficinas de «Miller y Compañía, S. A.».

el afecto y en la admiración mutua, son distintos en el perfil humano y en el comportamiento estético. Claudio de la Torre precisa, con definición certera, la «exuberante simpatía» de Tomás Morales, la «íntima violencia» de Alonso Quesada y el «rumor sereno y puro» de Saulo Torón. Y todos sabemos del centelleo retórico de Tomás, de la dimensión lírica de Alonso y del quieto temblor de Saulo. Amigos siempre y siempre distintos. Nunca rivales. De los tres puede decirse lo que escribió Claudio de los dos primeros: vivieron «estrechamente unidos y soñaron increíblemente separados»¹¹.

Saulo dedica a Tomás Morales una parte de *Las monedas de cobre*, un libro entero, *El caracol encantado*, y un poema elegíaco en cada uno de sus dos últimos libros. En la primera elegía *Desde la playa vieja*, Saulo proclama la capitanía lírica de Tomás y resalta la espera amarga de sus «viejos marinos», huérfanos en la noche de la ausencia:

¿Hacia qué nuevas rutas emprendiste la huída?
 ¿Por qué mares navegas ahora, capitán?
 En tus playas de antaño canta mi voz dolida,
 y tus viejos marinos esperándote están.
 ¡Capitán, capitán! Surja la amada estrella
 que anuncie tu regreso a los mares de ayer;
 en la noche en que estamos sólo alumbrada tu huella.
 ¡Tráenos la alegría de un nuevo amanecer! (360)

donde trabaja hasta su jubilación en 1959. A este propósito dice González Díaz («Diario de Las Palmas», 1919): «El destino se goza en poner a estos poetas en oposición consigo mismo. El destino ha hecho de Tomás Morales, un galeno nostálgico, ha condenado a Rafael Romero en la oficina de una casa bancaria, y ha confinado a Saulo en una caseta del muelle. Pequeños Prometeos, tienen sus pequeños buitres. Y Saulo se queja de su buitre blandamente, como él puede quejarse...».

¹¹ Claudio de la Torre, *El escritor y su isla*, Las Palmas, 1974, páginas 25-26. Como testimonio de esta hermandad cordialísima, decía Saulo: «No había mayor satisfacción que felicitarnos mutuamente por nuestros trabajos. El propio Tomás nos pedía consejo a Alonso y a mí; era capaz de romper sus versos si no nos gustaban». (Entrevista de Antonio Rodríguez del Pino en «El Eco de Canarias» 3 noviembre 1963.) «El infortunio, comenta José Quintana, une a los dos jóvenes isleños (Saulo y Alonso); la poesía los ata para siempre y el tiempo les depara otro poeta entrañablemente unido a ellos: Tomás Morales. Y los años venideros confirman al grupo como la generación moderna más importante surgida en Canarias.» (*96 poetas de las islas Canarias*, Bilbao, 1970, pág. 106.)

Y en *La última cita*, también desde la playa vieja, Saulo espera el encuentro definitivo con su amigo, «escuchando los salmos» de su mar y llena el alma «de ensueños rotos y esperanzas muertas»,

para ver si por fin logro encontrarte
en el reino feliz de las estrellas. (447)

A Saulo le obsesionaba la ausencia y el retorno de Tomás. Nunca cicatrizó del todo la herida que le produjo su muerte. Siempre presente en el recuerdo, casi sintiendo su presencia física, hasta en su lecho de muerte, cincuenta y tres años después, lo llamaba delirando: «Tomás, Tomás, ¿dónde está Tomás?».

Y Tomás le corresponde con ejemplar magnanimidad. No sólo le dedica los «Poemas de la ciudad comercial», en el libro segundo de *Las Rosas*, sino que confecciona la portada de *Las monedas de cobre* y pone todo su empeño en su publicación, en su difusión y en la buena acogida de la crítica madrileña. Cuando, poco después de salir *Las monedas*, marcha Tomás a Madrid para preparar la edición del segundo libro de *Las Rosas*, a través de sus cartas a Saulo¹², se hace evidente lo entrañable de este anhelo. Hay entonces un ajetreo afanoso de andanzas y gestiones en favor del poeta amigo que se quedó allá lejos, en la ciudad de Las Palmas. Tomás despliega su mejor estrategia en torno a *Las monedas de cobre*, interesando a la crítica madrileña. Sus mayores desvelos parecían concentrarse en Saulo y en su libro, y no en la edición de *Las Rosas*. Tomás le va noticiando, una por una, cada diligencia, cada escaramuza, cada esperanza y cada logro: «Me dijo Enrique pensaba hacer una cosa sobre tu libro y que la haría enseguida»; «No dejes de mandar tu retrato a Canedo»; tu libro «ha tenido el éxito que mereces y yo contentísimo»; «He vuelto a hablar de tí a Manolo Machado, y hemos acordado en todo; siempre terminamos en el elogio del hombre bueno que sabe serlo hasta *en el Arte*»; «Debes mandar por el primer correo un ejemplar de las monedas dedicado en la siguiente forma: *A Mariano Daranas, inteligentísimo crítico, de su amigo Saulo Torón. O cosa similar, que te conviene. Me ha prometido hacerte un artículo y yo para él quiero también el retrato*

¹² Estas cartas fueron publicadas por Sebastián de la Nuez en su libro *Tomás Morales*, Universidad de La Laguna, 1956, t. 1, págs. 260-265.



Los tres grandes de su generación literaria, Alonso Quesada, Saulo Torón y Tomás Morales, en la casa de Alonso. Un letrero bien visible dice: «No presto libros a nadie».



Los tres grandes de su generación literaria, Alonso Quesada, Saulo Torón y Tomás Morales, en la casa de Alonso. Un letrero bien visible dice: «No presto libros a nadie».



Saulo Torón en una recitación privada, en su propia casa.

Compañía de Embarcaciones Canarias.

CONSTRUCTORES DE TODA CLASE DE EMBARCACIONES.

Se oculto
en la oficina.
en las oficinas.
dos naves de
San Blas y de la

Las Palmas,

Gran Canaria. 2 de Diciembre. 1919.

El retraso que la edición
no es de un año del Periódico
es más, más y más
que está mal porque no
la culpa la tiene él.

Queridísimo Fermi: Tengo tus cartas, telegramas
y postales. La postal en que me hablas de Estanilo
y Antonio Machado me llegó al alma. Nunca había
experimentado una satisfacción y un goce tan extraor-
dinarios como los que me prodigo en lectura. Tal
no me importa que mis Proverbas vayan al viento,
después de haber llegado a Antonio Machado.
Que bien!; Verdad, Fermi? Esta mañana te
puse un telegrama que creo haya llegado a tu
poder; en él te recomendaba que trabajaras en
la "Oda al Atlántico", ¿lo has?

Fragmento de una carta de Saulo Torón a Tomás Morales.



Portada de «Las Monedas de Cobre». Dibujo de Tomás Morales.

que irá al frente del supradicho artículo»; «Canedo me dijo que sería fácil la publicación del anuncio que deseas en "España". Dice que la crítica te la hará en "El Sol" »; «Te adjunto un recorte del "Heraldo" »; «Debes mandar dos ejemplares del libro tuyo a la "Ilustración Española y Americana", que publicará también tu retrato; otro a Rafael Cansines a la "Corres" y otro a mí diciendo: *A Ramón Martín, cordialmente*, pues este señor es un admirador fanático tuyo y yo se lo prometí; ya te contaré el por qué»; «Canedo me dijo que lo primero que haría en "El Sol" sería la crítica de *Las monedas de cobre* de un tal Saulo»; «No te puedes quejar del anuncio de "España"; es espléndido como corresponde a todo lo que en él se anuncia»; «Me dijo Daranas que esta noche saldría el artículo de él y tu bella efigie en el periódico». Un comportamiento como éste, sostenido día por día, sin desmayo y sin cansancio, evidencia una elegancia de espíritu y una identidad de almas difícil de superar ¹³.

¹³ Saulo en sus cartas a Tomás Morales, no exentas de buen humor, se preocupa también de la difusión y el éxito de *Las Monedas*: «Me han bombeado en la prensa local, le dice a su amigo, González Díaz, Jordé, Suárez León, Nazarín, Renovación, etc. Otro primer libro que ha tenido más éxito que ningún otro libro primero». «Te agradezco infinito tu recomendación a Canedo para que se ocupe de mi libro. No te parece a nadie. Mira a ver si puedes lograr que Bilbao, o el propio Canedo, pongan un anuncio en *España*, gratis, por supuesto, a fin de que el nombre de mi libro se divulgue y pueda vender algunos ejemplares por ahí. Por todo, gracias y gracias (sin Ley)» (25 noviembre 1919). «Escribe tú pronto y largo, contándome todas tus impresiones y lo que oigas decir, sinceramente, de mi libro» (25 noviembre 1919). «Dile a Agustín Millares que, antes de partir para California, me ponga una tarjeta dándome las gracias por la poesía que le dediqué en el libro (pues no me ha dicho nada), y después que aprenda Esperanto» (2 diciembre 1919). «Los libros de Agustín y Ramón Martín. van hoy con los dos ejemplares de la "Ilustración Española". También he mandado ejemplares, aparte de los que tú sabes, a Ramón G. de la Serna, Enrique de Mesa, Juan R. Jiménez, Luis G. Bilbao, Gabriel Miró, Angel Guerra, Julio Casares, D. Julio Cejador, Núñez de Arena, y otros que no recuerdo. Te lo advierto por si acaso tropiezas con alguno de ellos y se ofreciera hablar de mí. A quien no le he mandado ninguno es a Romanones, porque supongo que tú tampoco has de hablar con él» (19 diciembre 1919). «Por cierto que el anuncio de mis *Monedas* merece un agradecimiento *Kolossal*» (sin fecha). «Te envío un retrato mío, uno de aquellos retratos horriblos que me hice... Tú lo ves y decides si está

Más temprana y no menos entrañable era la amistad de Saulo Torón con Alonso Quesada. Saulo le dedica, igual que a Tomás Morales, un poema de su primer libro, todo el libro *Canciones de la orilla* y dos poemas *post mortem*. En el primero, con ocasión de su óbito, Saulo recuerda, con preferente estimación, su «alma grande y dolorida», su amistad y su arte:

Fuiste amigo preferido,
fuiste en arte el elegido,
de más firme excelcitud,
y en las sombras del sendero,
fuiste guía y compañero
de mi muerta juventud. (361)

Y en el acto inaugural de su monumento en 1965¹⁴, *Ante el bronce de Alonso Quesada*, Saulo reafirma su vieja amistad y renueva el

para publicarse o esperas a que me haga otro Tomás Gómez.» «Cuando Tomás me haga el suyo se lo enviaré a Canedo en la forma que me indicas. Me gustaría que si publican ese retrato, lo hicieran en un diario y no en una revista ilustrada. Los retratos en revistas me parecen algo propio de cupletistas, políticos y toreros.» Y no falta, con motivo de los retratos, la nota de humor, ahora en verso:

«El retrato que te envío
no es de un cónsul del Perú;
es mío, mío y muy mío
¿Qué estoy mal porque me río?
La culpa la tienes tú» (2 diciembre 1919)

(Debo el conocimiento de estas cartas a la generosidad de don Manuel Morales Ramos, hijo del poeta Tomás Morales.)

¹⁴ Que se sepa, Saulo, tímido, retraído, habló en público sólo dos veces en la inauguración del monumento a Alonso Quesada y en un banquete en honor de los esposos, en el Monte de la Esperanza, Tenerife. Y sólo dos veces salió de Gran Canaria. La primera en 1933, a los cuarenta y ocho años de edad, con sus grandes amigos Juan Pulido y Dalia Iñiguez, en un viaje de arte a Tenerife y La Palma. Les acompañaba Isabel Macario, antes de su matrimonio. Isabel cantaba, acompañada al piano por Dalia. La segunda vez, también en viaje de arte, a Santa Cruz de Tenerife, con su esposa, invitados por el «Círculo La Amistad». En esta ocasión Isabel Macario dio dos conciertos: en el teatro «Guimerá» y en los salones de «La Amistad». Aludiendo a esto, escribe Luis Doreste: «Todos, una y otra vez, remontábamos mar adentro las sombras esfingeadas de la Isleta. Y a Saulo lo dejábamos en la orilla azul, tiernos los ojos, con los brazos abiertos para

abrazo emocionado de tantos encuentros por un lugar cualquiera de la ciudad:

Rafael, nuevamente
volvemos a encontrarnos;
tú, rejuvenecido por el bronce,
yo, medio carcomido por los años;
pero los dos unidos,
siempre, en un mismo espiritual abrazo. (437)

Alonso Quesada le dedica la «Canción solitaria» de *El lino de los sueños*.

LOS POETAS DE SAULO

Además de Tomás Morales (el «capitán» de la promoción poética) y de Alonso Quesada («fuieste en arte el preferido»), otros poetas están también presentes en la poesía de Saulo: Antonio Machado, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y Gustavo Adolfo Bécquer. Agustín Espinosa añade a León Felipe. A los tres primeros dedica poemas de fervor y admiración. El primero es Antonio Machado. En un poema que titula «El libro infinito», Saulo tiene en las manos las obras completas de Machado y contempla su retrato de «grave continente», con «la frente combada» y el «ensueño hondo y penetrante» de los ojos. Temblándole el alma, «con honda emoción», repasa, anheloso, las páginas del libro. Al pasarlas, lentamente, va comprendiendo el tesoro que encierran. Y confiesa con alborozo de hallazgo:

Creo que es el mundo lo que está en mi mano. (29)

Así piensa Saulo desde el principio de *Las monedas de cobre*. Y, ya publicadas *Las monedas*, el 2 de diciembre de 1919 escribe a Tomás Morales en una de sus cartas: «La postal en que me hablas de Manolo y Antonio Machado me llegó al alma. Nunca había experimentado una satisfacción y un goce tan extraordinarios como los que

la espera, recogido en el haz de sus sueños, anheloso de nuestros renovados avatares, vocero jubiloso de nuestros lances afortunados». (En el diario «Falange», Las Palmas, 26 junio 1949.)

me produce su lectura. Ya no me importa que mis *Monedas* vayan al olvido, después de haber llegado a Antonio Machado». Y añade en una postdata: «Amplíame por carta la entrevista con el divino Antonio»¹⁵. Tal era su admiración para el poeta de Castilla. Y después de muchos años, en un diálogo con el busto de Alonso Quesada, muerto treinta años antes, como preocupado por el encuentro con sus amigos de la otra orilla, le pregunta si allí está también Antonio Machado:

Dime, además, si has visto,
como en campos de Soria, deambulando
por el Celeste Huerto, al gran Antonio
con su Leonor del brazo. (437)

El segundo es Rubén Darío, el «ínclito Darío», el «padre Rubén». Saulo, aún después de muerto, percibe sus huellas «sobre los montes», sobre «los mares», en la región de «los astros». Y pregunta con interrogaciones que afirman:

¿Quién descubrió la ruta?
¿Quién descifró el enigma, si las sombras
eran más grandes que su propia alma?...
Padre Rubén, no has muerto... ¡Todavía
cubre tu irradiación el meridiano! (31)

Porque en la admiración de Saulo y en buena parte de su poemario está presente Rubén, aunque sea, como dice Indurain, «el Rubén menos aparatoso».

El tercero es Juan Ramón Jiménez. Todavía recuerdo con emoción la inesperada sorpresa de los libros de Saulo en la casa del poeta de Moguer, convertida en museo del gran poeta. Saulo, como Juan Ramón, sustenta una buena carga de penumbras, de medios tonos, de lejanías vagorosas, de melodías inconcretas, de ocasos melancólicos o de paisajes como estos:

Sobre el mar dormido,
la luz de la luna
temblando de frío. (372)

¹⁵ Carta de Saulo a Tomás Morales, 2 diciembre 1919.

Porque la luna ha muerto, está la noche
de luto riguroso. (248)

En uno de sus poemas sueña Saulo que el espíritu de Juan Ramón le va a visitar «con la luz del ocaso», precisamente a esa hora tan juanramoniana del ocaso, y que le trae «un sueño de transparentes oros». Nuestro poeta, conmovido, complacido, emocionado por la llegada del amigo, descubre la identidad de sus almas:

Esta visita dice que es tu espíritu el mío
y que, a través del sueño, somos los dos hermanos! (85)

Y el cuarto es Gustavo Adolfo Bécquer, «el mejor Bécquer», que dice Indurain. Saulo no lo nombra siquiera. Pero Valbuena Prat concreta esta presencia de Bécquer en el poema titulado «Cada día», que viene a ser una neobecqueriana llena de una nostalgia difusa de infancia lejana y de técnicas remotas», con un «nuevo sentido las metáforas»:

Cuando miro rodar las estrellas
por el dulce regazo infinito
como leves monedas de plata,
¡me siento tan niño!

Cuando miro las olas alzarse
en montañas de azul cristalino,
para luego romperse en espumas,
¡me siento tan niño!

Y que termina:

Porque sé que la vida no puede
ser cumbre ni abismo,
sino un algo muy vago que flota,
que flota perdido,
sumergido en un sueño sin ansias,
¡me siento tan niño! (291-92)

Otros poetas, otros nombres, inciden en la poesía de Saulo, como Miguel de Unamuno, «siempre con sus ficciones dialogando», y Josefina de la Torre, «música del alto cielo, / que al resonar en mi vida / daba luz al pensamiento». Casi siempre son homenajes

póstumos, incidencias de amigos muertos: Julián Torón, su hermano, con «la clara línea de su trayectoria»; Domingo Rivero, «maestro y compañero, / más cordialmente amigo»; Rafael Mesa, con su «vida dispersa» y su «musical locura»; Miguel Sarmiento, «maestro en el saber preclaro»; Ignacia de Lara, «con un supremo alarde de excelsa poesía», y Juan Millares Carló, con sus «rimas de perfecto acorde». Los demás poetas amigos quedan perpetuados simplemente en limpias dedicatorias: Enrique Díez-Canedo, Pedro Salinas, Angel Valbuena Prat, Claudio de la Torre, Luis Doreste, Agustín Millares Carló, Montiano Placeres, González Díaz, Fernando González.

AUSTERIDAD DE ESTILO

Saulo Torón hace más concesiones al modernismo que Alonso Quesada. Pero el verdadero Saulo, sin llegar a la secreta hondura de Alonso, está lejos de la retórica de Tomás Morales. Su voz no tiene acentos wagnerianos, sino el medio tono suave de la penumbra. Saulo cree con Walter Pater que la forma más elevada del arte es «la austeridad de la belleza», y ha leído muchas veces aquellos versos de Rubén Darío: «De desnuda que está / brilla la estrella». Por eso su poesía evita cualquier escape de grandilocuencia y cualquier griterío de imágenes, reduciendo el artificio «a un juego leve de conceptos y músicas», que dijo Díez-Canedo; «diciendo su palabra con desnuda belleza, sin afeite apenas», en expresión de Francisco Indurain; sin caer en un «laberinto de conceptos y de metáforas», como dice Antonio Machado; «hasta conseguir la expresión esencial» que dijera Ventura Doreste; convertido en «señor de gran riqueza», «con sólo unas monedas de cobre» en la palma de la mano, como lo define Salinas. Y los cinco prologuistas de Saulo coinciden con el poeta cuando dice:

Palabra mía
 clara y exacta,
 clara como mi vida,
 exacta como el ritmo de mi alma.
 Palabra honrada y pobre
 que dice, reza o canta,
 según el sentimiento que la anima,
 pero que no se vende ni se mancha. (293)

POETA HACIA DENTRO

Esta escasez de artificios, esta frugalidad de aderezos, este ahorro de energías en la búsqueda de elementos formales, hace que el poeta concentre sus esfuerzos hacia dentro. Porque en ese mundo interior, por los adentros del alma, discurre mejor la peripecia de sus versos:

Tengo los ojos hundidos
de mirar siempre hacia dentro,
para no errar el camino. (391)

Y cuando su hermana le reprocha el descuido exterior de su vestimenta, define en la respuesta la desnuda verdad de su estilo:

... lo que importa
y es menester cuidarlo,
es lo de dentro. Lo de fuera...
Acuérdate de Cristo en el Calvario.
¡Sólo un blanco sudario por vestido,
y con los pies descalzos! (94)

Y el poeta se adentra en su mundo interior hasta encontrar el hontanar de sus versos en su vida de emociones. Lo dice él mismo en la primera estrofa de su primer libro:

Mi verso es el sereno manantial de mi vida
donde afluyen acordes todas mis emociones;
toda emoción que pasa deja una estrofa urdida
en el lino invisible de las meditaciones. (23)

Y lo dirá después más exactamente, en los «Ritmos y cantares» de su último libro:

Me quitarán la palabra,
pero nunca el sentimiento
que está en el fondo del alma. (404)

Y así, su verso, decantado de externidades, estimulado por la emoción y no por la retórica, muchas veces apenas con un roce de palabras, y hasta en algún caso con cierto gramatical desaliño, tiene temblor de latido y humedad de alma. Y tiene también, de acuer-

do con su talante humano y con su *gravitá riposata*, un *tempo* medurado y una serenidad inalterable. Porque Saulo, que es un enhebrador de quietas emociones, parece estar de acuerdo con Wordsworth cuando define la poesía como «una emoción recordada en el sosiego». Con razón ha hecho notar Indurain que en Saulo «nunca falta el latido íntimo que ha convertido en remembranza o en emoción, si no en ambas, lo contingente y fugaz, tocándolo así de gracia y de misterio lírico».

SENTIDO FRANCISCANO

Porque en la emoción, en el recuerdo emocionado, se apoya todo este sentido franciscano de la vida, toda esa hermandad cósmica del poeta con el mundo de cada día, todo ese amor de las cosas pequeñas y hasta vulgares, esa querencia de lo mínimo y exiguo que forma el cañamazo de *Las monedas de cobre*: los limpios manteles, los trajes remendados, el patio de la casa, el salario modesto, la limosna de cada día, la hoja del almanaque, el sillón viejo, las cartas vulgares, la lámpara de la alcoba. O esa minimización afectiva de las personas y cosas con el uso tan frecuente del diminutivo. Pensando en esto, precisamente en esto, Díez-Canedo dirá que «si no fuesen monedas de cobre, los versos de Saulo podrían ser florecillas del huerto franciscano». Y esto lo hacía Saulo en una época en que parecía proscripto este tipo de emociones y sentimientos. Ya lo advierte Francisco Indurain: «Precisamente cuando más desacreditados —y no sin causa— estaban los motivos de tipo sentimental, familiar, de cada día, de la vida corriente y moliente, Saulo tuvo la gallardía de ser él mismo, diciendo su palabra con desnuda belleza, sin afeite apenas, para cantar su barrio, su familia, la tienda de la esquina, los bancos del paseo, el puerto y su cotidianidad en la aventura. Lo vulgar se decanta y adquiere brillo o efusión y hasta magia».

LA LÍNEA DOLORIDA

Esta emoción del poeta se tiñe muchas veces de tristeza, de una suave tristeza que se le filtra dulcemente en el alma:

Y una suave tristeza,
una sutil zozobra
va llenando mi espíritu. (62)

Rincones queridos,
¡qué dulce tristeza
se entra en el espíritu
con vuestra presencia! (133)

O de un hondo dolor que nunca logra romper su equilibrio ni su compostura, como en los poemas de «La noche», trémulos de miedo, de soledad y de tristeza. O el dolor esperpéntico del borracho del barrio, «pobre borracho loco, / despojo absurdo, trágico y grotesco» (75). O el llanto en el entierro de una joven, con «una caja blanca, / las cintas blancas y las blancas rosas», pero «todos de negro, porque así es la moda» (63). O el dolor de la nostalgia presentida, al dejar su antigua vivienda:

Vendré todas las noches a llamar a tu puerta
¡A ver si me responde dentro mi juventud! (55)

O el dolor ingenuo, pero hondo, por la muerte del perro amigo, que termina con esta oración emocionada:

Haz que el perro amigo se avenga a tu Reino
y pónselo al santo de Asís en los brazos. (53)

O el sollozo de las olas porque se ha muerto la luna:

Porque la luna ha muerto, está la noche
de luto riguroso...
El rumor de las olas, en las sombras,
llora como un sollozo...
¡Cuando la luna muere,
llena el dolor el Universo todo! (248)

Pero esta tristeza no nace siempre de una anécdota cercana, de una inmediata circunstancia externa. Muchas veces tiene su origen en el pasado mismo del poeta, en su angustioso vivir histórico, en su contingencia existencial, en recuerdos, fracasos e ilusiones rotas:

Un doliente recuerdo que viene del pasado
va llenando mi alma de emoción y tristeza. (86)

El dolor del presente y el fracaso de ayer;
y la angustia infinita del corazón que llora. (86)

Y qué honda tristeza
del corazón, que nunca
consigue lo que sueña!... (244)

De tal modo que, a veces, la tristeza se convierte en su única
señal de vida:

Por tí, sólo por tí
sabe mi corazón que aún está vivo... (140)

Y hasta llega a aceptarla con gozosa entereza:

Hoy tan sólo me importa
gustar la pena y olvidar la herida. (148)

Porque este es el sino de su existencia:

Nacer y sufrir,
sufrir y cantar...
Mi vida fue así (392)

POETA INTIMISTA

Hace algún tiempo escribía yo, a propósito de un poeta intimista: «No es un intimismo que se adelgaza y ahila hasta desjugar su propio yo. Es una intimidad sustentada de externas circunstancias, de ineludibles querencias, que le incitan y aguijan hasta estremecerle el alma y zarandearle levemente la emoción». Esto mismo podría, tal vez, escribirse de Saulo Torón. Pero sólo en parte. Porque muchas veces no se sabe si el río lírico de Saulo discurre desde las cosas o desde el íntimo manadero de su alma. Hay un ir y un venir, un flujo y un reflujo, entre el mundo que le circunda y su mundo escondido. Hay una lírica fluencia silenciosa que va y viene por caminos de misterio. Hay una fuerza de dentro a fuera y otra de fuera a dentro. ¿Es el poeta quien lirifica su externa circunstancia —lo pequeño, lo familiar, la pobreza, el dolor, el amor, la muerte, el mar— transfiriendo a personas y cosas sus íntimos estados anímicos? ¿O

son las cosas las que estremecen las cuerdas secretas del alma, rozándolas apenas con su plectro dorado?

LA POBREZA

La pobreza gravita también sobre esta intimidad dolorida. Y en esto coincide con Alonso Quesada y Fernando González. Porque los tres son poetas tristes, tremendamente tristes. Y los tres cantan la pobreza, su personal y auténtica pobreza. *El lino de los sueños* comenzaba con esta «Oración de todos los días»:

¡Bendita la pobreza de mi casa!
Hoy la comida ha sido más humilde...
Mi madre ha sonreído tristemente,
pero había una paz en su mirada...

Fernando González lo dirá más tarde en *El reloj sin horas*:

... Eramos pobres,
y de niños teníamos zapatos
sólo para calzarnos los domingos.

Y Saulo Torón, en *Las monedas de cobre*, canta así su angustia de cada fin de mes:

El día último de mes es para
los que morimos víctimas de un salario modesto,
un día alegre y trágico, dividido en tres glosas:
cobrar, pagar, y luego... quedarnos sin un céntimo. (82)

Y, a través de su primer libro, va pasando tristemente las cuentas de su rosario de penurias:

¡Señor, qué vivir más triste este de la pobreza;
qué vivir más amargo, qué vivir más acerbo! (82)

Las profundas angustias de la indigencia trágica. (86)

... mis bolsillos exhaustos de dinero. (105)

Y su vagón de tercera, como Antonio Machado:

Fue en vagón de tercera donde vine a la vida
y en tercera prosigo mi vagar taciturno. (90)

Y qué alegría de niño grande, cuando puede comprarse con su dinero unas modestas prendas de vestir:

Con mi dinero he comprado
unas botas y un sombrero;
... ..
Lo comprado poco vale;
¡pero fue con mi dinero! (300)

POETA DE LA MUERTE

Otra de sus grandes obsesiones es la muerte. La ausencia de tantos amigos queridos tuvo que dejar una huella profunda en su fina sensibilidad. Uno tras otro, todos van desfilando hacia la otra orilla: Rafael Mesa, Luis Millares, Juan Carló, Adolfo Miranda, Mister Bright, Domingo Rivero, Tomás Morales, Alonso Quesada, Miguel Sarmiento. El poeta, que va quedándose solo, se queja amargamente, con un grito angustioso de soledad:

Amigos, todos sois idos...
¡y yo estoy solo ante el mar! (363)

Y, sin saber que su andadura va a ser tan larga, se siente morir en la soledad de cada día. Y se pone a esperar la muerte, casi a suplicarla:

¿Por qué, Señor, la vida
si ya me estoy muriendo? (261)

Y se lo va a contar al mar, al gran amigo que no se muere:

Y he de morir ¡oh, mar! he de morir
como una ola más en tu ribera.

Le entregaré mi alma al infinito
igual que el infinito me la diera. (273)

Mas, sin embargo, sé que ya mi vida
pronto terminará, mar entrañable. (462)

Sólo aguardo el soplo tuyo
que a la eternidad me lleve. (377)

Y eso, eternidad aguardada, es la muerte para Saulo. No un acabamiento definitivo, sino el comienzo de un mundo «de paz perpetua e inenarrables goces», el trasmundo de los sentidos, el encuentro escatológico con las almas amigas en el lugar de la cita definitiva,

donde las almas fraternizan libres
en una alegre comunión de hermanos. (438)

Aquí aguardo, Tomás, tu última cita
—callado el labio y con el alma atenta—,
para ver si por fin logro encontrarte
en el reino feliz de las estrellas. (447)

El mañana, ¡el mañana es lo que vale!
Allí estaré contigo. (446)

Donde estés —en la sombra o el olvido—
espera por nosotros. (362)

Pero al poeta, que ama también la vida, le duele la muerte como un desgarramiento de la carne. Y en uno de sus últimos poemas, vencido ya por la carga de los años, gime con hondo lamento:

¡Ay qué dolor, ay qué dolor, Dios mío!
Sentir que nuestro ser se está acabando.
... ..
¡Ay qué dolor, ay qué dolor de vida!
¡Ay qué dolor, ay qué dolor de muerte! (470)

Y siente que, poco a poco, se le van muriendo la mente y los sentidos, uno a uno, con buscada lentitud, y sin querer quebrar la línea de la medida:

Mis oídos ya no oyen,
mi cerebro ya no piensa.
Mi corazón angustiado
como un pájaro aletea.

Mis ojos quieren mirar,
 y en vez de mirar se cierran.
 —¡Las luminarias de ayer
 se han convertido en pavesas!—

 ¡Alma, despierta a la luz!
 —¡Pero el alma no despierta!— (473)

Parece como si el poeta estuviera ensayando el ancho apagamiento de su vida, hasta sumirse en el silencio de su último verso:

No cantes, que ya no es tiempo.
 Tu vida se está acabando
 como un inútil recuerdo.
 No cantes... Y escucha sólo
 lo que te diga el Silencio. (474)

Y así, en verdad, habría de morir Saulo Torón, en la ciudad de Las Palmas, el 23 de enero de 1974, a la una de la mañana, muy cerca del mar, casi junto al mar, calladamente, como una ola mansa, como era su voluntad:

En la playa nací,
 en la playa, también, acaso muera,
 callado, humilde, tímido,
 ¡adivinado apenas!
 como tú, ola mansa,
 como tú, ola humilde,
 como tú, ola de la ribera. (183)

Al morir Saulo, comenta Cipriano Acosta, «el mar ha tenido que llorar amargamente, sin que nadie lo advierta... El mar ha tenido que estremecerse de angustia por la ausencia definitiva del poeta que tan bien supo entenderlo y trascenderlo. El mar se ha quedado huérfano una vez más —tantos poetas lo amaron—; pero esta vez con una tremenda orfandad desoladora»¹⁶.

¹⁶ Cipriano Acosta, *Saulo, cordialidad*, en «Diario de Las Palmas», 26 enero 1974.

POETA DEL AMOR

No se ha insistido suficientemente en el aspecto amoroso de la poesía de Saulo, sobre todo de *El caracol encantado*. Se ha hablado mucho de este libro como poesía del mar, como una sinfonía del mar. Pero no se ha dicho todavía que *El caracol encantado* es también una sinfonía de amor, un verdadero poema de amor, con una concreta intriga amorosa. No en vano le puso Saulo en la cabecera, como clave y síntesis de todo el poema, aquel verso de Rubén Darío: «El caracol la forma tiene de un corazón». Y no en vano nuestro poeta, en el mismo preludeo del libro, señala su doble contenido:

Lo que hay dentro de mí
es mar y corazón. (171)

Que nosotros sepamos, entre lo mucho que se ha dicho de *El caracol encantado*, sólo dos comentaristas han sabido intuir esta vertiente erótica del poema. Apenas publicado el libro, escribía Suárez León¹⁷: «Hay en estas páginas una poderosa atracción cautivadora; surge de la trama dorada y malva del verso, como de una maravillosa apoteosis de atardecer, la figura de *Ella*; un afecto silencioso y puro del poeta, contado nostálgicamente y ennoblecido por la pureza del recuerdo». Y Fernando González¹⁸ comentaba por las mismas fechas: la ilusión del poeta «se llena con el fantasma de un gran amor, acaso de su amor único, puro y sereno en la memoria, eterno en el alma, que se llevó aquel barco negro y grande, en un ocaso rosa y oro, hacia tierras desconocidas. Todas las tardes, el poeta vuelve a esta playa a ver el mar que le trajo los últimos suspiros de la mujer amada y fugitiva, a loar su grandeza y su hermosura».

Sólo desde esta doble perspectiva, erótica y marinera, puede tenerse una visión entera de *El caracol encantado*.

Sí, el mar está presente en el poema, con una superior presencia visual y acústica. Muchas veces sólo como telón de fondo, o enca-

¹⁷ Suárez León, en «El Tribuno», 2 septiembre 1926.

¹⁸ Fernando González, en «Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes», reproducido en «El Liberal» de Las Palmas, 22 septiembre 1926.

ramándose sobre una estrofa a lomo de los versos, o asomándose por las esquinas del poema, y hasta implicado en el rumor de un sollozo. Otras veces, adelantándose a las candilejas, llenando todo el escenario. Pero no como protagonista del libro, sino como escenario, como ámbito y espacio de una peripecia amorosa, como soporte y apoyatura, como testigo, como confidente o como cómplice. La serie de marinas, finísimas, de la primera parte del libro crean, con su plural insistencia, el ámbito encantado de una historia amorosa no menos encantada¹⁹. El mar es como el entorno lírico de la intriga, como el estuche mágico de un bello cuento de amor. El caracol es, por obra y gracia del poeta, el símbolo de un corazón enamorado. Lo confiesa el mismo Saulo²⁰: «*El caracol encantado se puede decir que es mi vida*», es mi «despertar hacia el mar» y es también «la llama de un amor». El caracol es como una crónica de amor y de mar.

De toda la obra de Saulo, *El caracol* es el único intento de gran poema, con unidad temática y con estructura planificada. Concebido como un poema enterizo, de tema erótico, está dividido en cinco partes, con un «Preludio», y una coda o «Alba postrera». Las cinco partes se titulan «Iniciación», «Plenitud», «Tristezas y oraciones del crepúsculo», «La noche» y «Las últimas oraciones». O lo que es lo mismo, siguiendo el símil de la división natural de los días: «Amanecer», «Mediodía», «Ocaso», «Noche profunda» y «Noche sin esperanza». Sebastián de la Nuez sugiere el paralelismo de estas partes con los distintos momentos de Néstor en su *Poema del mar*, y es sabido que Saulo vio pintar los tres primeros cuadros del Poema y que Néstor decoró la casa del poeta con reproducciones del Poema entero. El mismo Saulo²¹ explicará más tarde su secreto significado: El *Amanecer* es como «el descubrimiento de la naturaleza»; el *Mediodía*, la plenitud «apasionante»; el *Ocaso*, la «tristeza» de la huída, y la *Noche*, el

¹⁹ Al parecer, Saulo había vivido su primer amor, que terminó con un cruel desengaño. Alonso Quesada, que acababa de sufrir la misma experiencia, le decía: «Verás como esto nos sirve por lo menos para hacer mejores poesías». (Entrevista con Vera Cano en «El Eco de Canarias, 2 noviembre 1966».)

²⁰ Entrevista con Joverasu (J. V. S.) en «Diario de Las Palmas», 7 abril 1955.

²¹ *Idem*, *id.*

«ensueño» de los recuerdos. Y, traduciéndolo al lenguaje del acontecimiento amoroso, el *Amanecer* es la espera de la amada; el *Mediodía*, el encuentro de los amantes; el *Ocaso*, la traición y la huida; la *Noche*, el tormento de los recuerdos, y, al final, la gran mentira.

Pero el mar, aun sin ser el protagonista del poema, está presente en cada cabalgada. Y no con una impasibilidad desganaada, sino con una interrelación activa, con un apareamiento armonioso entre la fluencia amorosa y los estados del mar. En la espera de la amada, alfombrando de oros el camino por donde habría de venir: «el sol vierte en el agua / todos sus oros líquidos» (189). En su llegada por las rutas del mar, festejando el encuentro con la orgía deslumbrante de sus colores:

Sacude, mar, tus espumas
y viértelas en la playa,
en profusión radiante de perlas,
y nácares, y rubíes, y esmeraldas...

Un gran manto de piedras preciosas
inmateriales, fantásticas,
pon en la arena, ¡oh, mar!, para que puedas
festejar dignamente su llegada. (200)

En el gozo de su presencia, sosegado y estático, repitiendo el nombre de la amada: «Y el mar en sosiego, diciendo tu nombre con claro rumor» (216). En el silencio de la huida, encubriendo la traición de la amada: «Vengo a la playa solo / a ver el mar que la llevó en la huida» (222). En la ilusión del retorno, acompañando la esperanza del poeta:

Rosas de espuma que el mar
abre en la playa dorada ...
mi corazón hace tiempo
que otro florecer aguarda. (233)

En el recuerdo dolorido, desatando sus iras contra las rocas:

El mar se ha alzado airado.
porque una sombra ha oscurecido el cielo,
y en montañas de espuma
se resquebraja contra los roquedos... (235)

En el desengaño final, dando imágenes al desaliento del poeta:

Todo como la espuma se deshace,
todo como el rumor se desvanece. (245)

Y en el olvido definitivo, sumándose a sus lamentos:

El rumor de las olas en las sombras,
llega como un sollozo. (248)

La peripecia amorosa del poema tiene un amplio desarrollo. En la primera parte, surge la imagen de la amada, borrosa todavía, inconcreta e intemporal, desconocida, asediada de incógnitas, sin nombre, sin geografía y sin rostro:

Y surges ante mí, no sé de dónde
ni quién te trae — ¿el mar o mi deseo? (191)

Y, sin embargo, el poeta presiente su venida. Y la espera con ansiedad:

¿Vendrás, al fin? — No lo dudes,
corazón, ¡ella vendrá! (192)
¡Vendrás! Yo no sé por donde,
pero sí sé que vendrás. (193)

Y, en esta espera ansiosa, la imagen de la amada se va clarificando. El poeta la adivina como un ideal de belleza, como un milagro de perfección, como una novia del renacimiento:

Y serás, siendo mía,
eje y luz del universo;
concreción milagrosa
de lo eterno y perfecto. (194)

Pero hasta aquí todo es adivinación y presentimiento, pura ilusión platónica. En la segunda parte, la espera se convierte en presencia y una ola de optimismo lo invade todo. Es la hora de la plenitud y del logro, de la pleamar y el mediodía:

Llegaste al fin, mi prometida...
¡Con qué vehemencia te esperaba!

Tomas las llaves de mi amor
y abre las puertas de mi alma. (199)

Y la amada penetra en el alma del poeta hasta convertirse en su prisionera:

En mi corazón entraste
y en él prisionera estás.
... ..
¡Corazón, con ella dentro,
eres más grande que el mar! (201)

Y así, corporeizada, traducida en presencia y en cuerpo, tan cercana y tan adentro, tan en el corazón, el poeta comienza su ronda de galanteos, vertiendo en metáforas sus labios, su sonrisa, su frente, sus ojos:

¡Tus labios!
 Dos llamas de sol
en dos pétalos rojos de rosa.
¡Tu sonrisa!
 El secreto que entreabre el camino
de todas las glorias.
¡Tu frente!
 El espacio infinito:
el cielo sin sombras.
¡Tus ojos!
 ¡El día primero del mundo
eternizado en dos auroras! (208)

Y la sueña dichosa y cósmica, cortejada por las estrellas y por su propio corazón, hollando como una diosa los caminos siderales:

con las estrellas delante
y mi corazón detrás. (213)

Siluetando su imagen en los cielos y escuchando los requiebros del mar:

Tu silueta en la dulce ilusión de los cielos
y el mar, en sosiego, diciendo tu nombre con claro rumor. (216)

A este «mediodía» de triunfo sigue la hora del «Crepúsculo». Esta tercera parte es de acabamiento y fracaso. Es el ocaso de una ple-

nitid que se creía eterna. Es la quiebra de una felicidad, hecha pedazos por la amada, que huye misteriosamente, como había venido:

Se fue por el mar, sutil,
como entró en mi corazón. (220)

El poeta no nos dice las razones de su huida, pero sí la intensidad de su dolor, renovado por la tenacidad de los recuerdos:

¿Qué me importa
que te fueras lejos,
si me habías de dejar en el alma
clavado el recuerdo? (228)

Y así llega «la noche» desventurada. El recuerdo de la amada sigue atormentando al poeta, que lucha entre la espera y el engaño, entre la ausencia y el retorno, jugando al «sí» y al «no» en un vaivén de olvidos y esperanzas, descubriendo su huella en todas partes:

Adonde quiera que miro,
allí mis ojos te encuentran. (242)

Y el poeta vaga y desvaría, hablando en la alta noche con las estrellas:

Yo no sé si es ilusión
o verdad tanta grandeza;
sólo sé que en la alta noche
me hablan de tí las estrellas. (42)

O rumiando sus tristezas «por la playa en sombras», esperando sin esperar, náufrago y redivivo en el mar de la desesperanza, esperando y desesperando, para volver a esperar de nuevo:

El alma tiembla muda,
sombras y soledad pesan en ella;
soledad que dilata tu recuerdo,
sombras para una luz que nunca llega...
¡Señor! ¿Ya nada restará a mi vida
que de esta angustia redimirla pueda?
—mi voz pregunta— y en la oscura noche,
perdido, el eco imperceptible suena.

¡Nada! —otra vez responde—.
¡Y sin embargo el corazón espera! (252)

Hasta que, al fin, logra arrancarse la espera y el recuerdo. Y se queda solo, terriblemente sólo, en medio de su tragedia:

Me he arrancado del alma tu recuerdo
para quedar más sólo todavía. (254)

Y, en esta dramática soledad, se llega a las «Últimas oraciones», quebrantado y maltrecho, con la vida rota y un peso de desengaños en el alma:

¡Amor! Gran mentira.
¡Te creí eterno,
y eras sólo un aroma fugaz
que aspiré en un sueño!... (262)

Y se debate solo, impotente, entre horizontes de sombras:

Mira hacia el pasado... ¡sombras solamente!
Mira hacia el futuro .. ¡sombras nada más! (263)

Con su cruel desesperanza a cuestas. Y con su mala estrella.
Para siempre y jamás:

Que no se trunca
el destino. Y el mío está
resuelto ya:
¡Nunca! (264)

Así, con este fatal derrumbamiento, parecía terminar esta ficción poemática. Pero el poeta, sobreponiéndose a su «espantable realidad», «hará brotar de sus desesperanzas» «un entusiasmo nuevo» y «un nuevo oriente de ilusiones». En la oda del «Alba postrera», asoma un nuevo amanecer y el poeta vocea, con nuevos bríos y con su eros a cuestas, dispuesto a otras singladuras:

¡Vuela, velero mío,
corazón-marinero, que ya tardas!
¡A la mar otra vez, que un nuevo oriente
para vivir te aguarda! (269)

Y esta nueva singladura se llama Isabel ²², y llena los «Poemas de Amor y Ternura» de su último libro. Ahora es la amada de carne y hueso, con nombre y con rostro, «trémula de promesas y esperanzas», con virtudes de esposa y de madre, con su hogar y con sus hijos:

¡Y así te quiero, madre!
¡Así te quiero, santa! (415)

Déjame vivir así,
en el hueco de tu nombre. (422)

Y ahora hay cantos de nana para dormir a los hijos:

Yo sé de una estrella
que en la noche canta
para que tú duermas.

Y sé de un lucero
que cuando tú duermes
te dice: «te quiero». (428)

Y hay también un hogar con la presencia de Dios:

Te he sentido, Señor, en la llanura,
en los valles, las cumbres y los mares...
Pero cuando más cerca te he sentido
es cuando entre mis brazos he tenido
al hijo nuevo para darle cuna. (434)

²² Isabel Macario, la esposa del poeta Saulo contrajo matrimonio el 7 de febrero de 1936, en la iglesia de San Francisco, bendiciendo la unión el párroco don Antonio Artiles. Tuvo dos hijos: Saulo Jesús y María Isabel. Isabel Macario ha sido una de las mejores cantantes de Las Palmas. Saulo Torón, en su entrevista con Cano Vera («El Eco de Canarias, 10 diciembre 1966») no ha podido silenciar que Isabel «ha tenido la mejor voz de soprano dramática que he oído, y que ha sido el principal elemento artístico de los varios conciertos que se han celebrado en Las Palmas». Su casa de la Ciudad Jardín, Hermanos García de la Torre, número 21, fue, desde sus bodas, el hogar de la música y la poesía, centro de reuniones, conciertos y recitales. Por allí pasaron Marimí del Pino, Dolores Malabrón, el tenor rumano Kanteanu, Chano González, Chicho Morales, Alfredo Kraus y otros muchos.

POETA DEL MAR

Pero si Saulo es poeta de su pequeño mundo entrañable, del dolor, de la pobreza, de la muerte y del amor, es también, y sobre todo, poeta del mar. Saulo vivió siempre frente al mar o cerca del mar, «escuchando su voz», como le dice Antonio Machado: «Usted escucha la voz del mar, contempla usted el mar, piensa usted en él y lo canta. Siga usted, querido poeta, fiel a esa musa». Enrique Díez-Canedo atribuye a esta visión constante de las aguas movedizas el estremecimiento lírico de sus versos: «Los ojos del poeta se tienden hacia el mar, desde la orilla donde canta. El movimiento eterno del agua se nota en ese temblor de su poesía, que no petrifica sus visiones, sino que las mantiene en perpetuo estado de fluidez, como si reconociese en la materia y en los motivos de su inspiración permanente cualidad marina»²³. Y en esto coincide Fernando González cuando escribe: «Tal influencia ejerce el mar en la obra de Saulo Torón, que la forma de sus versos, como la emoción que vive en ellos, parecen tener un vaivén de oleaje: el pensamiento que se lleva y el corazón que se hace más hondo»²⁴. Y el mismo poeta lo confiesa en estos versos:

De tanto mirar al mar
voy creyendo sólo en él
y olvidando lo demás. (463)

Porque el mar es algo fundamental en su vida, como una parte sustancial de su ser. El tantas veces citado Díez-Canedo observa que «el mar viene a confundirse con su propia alma; es el espejo de sus sueños, la cuna de sus inspiraciones, el forjador de sus alegrías»²⁵. Y cita estos versos de *El caracol encantado*:

He puesto mi alma sobre el mar, y el mar
parece que ha ensanchado sus dominios.

²³ Díez-Canedo, *La lirica canaria*, en «La Gaceta Literaria» de Madrid, reproducido en «El Tribuno» de Las Palmas, 3 agosto 1929.

²⁴ Fernando González en «Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes», reproducido en «El Liberal» de Las Palmas, 22 septiembre 1926.

²⁵ En «El Sol», 14 octubre 1926, reproducido en «El Tribuno», Las Palmas, 26 octubre 1926.

Yo no sé si es el mar lo que ahora veo,
o si es el alma lo que ahora miro. (212)

El mar de Saulo no es, como se ha repetido, el mar épico y mitológico de la «Oda al Atlántico», de Tomás Morales, ni el mar-puerto o el mar-sendero de sus sonetos marinos. Tampoco es el mar-obstáculo, el mar aislante y angustioso de Alonso Quesada, que se quejaba a Dios, prisionero en su isla: «¡No puedo perdonarte esta condena / de isla y de mar, Señor...!». Ni el mar de Luis Benítez Inglott, «sin luz y sin contornos, sin astros y sin naves, y con el rugir del viento». El mar de Saulo Torón es, esencialmente, un mar lírico y manso, que tiene antecedentes en su hermano Julián. Como escribió Valbuena Prat, con Saulo «se llega a la esencia del mar mismo, esfumante, panteísta, lírica». Su mar no es tampoco el océano inmenso, sino un mar de ribera y de espumas, que se duerme dulcemente sobre la arena. A pesar de la «Canción del marinero enamorado» que, al regresar al puerto, trae espumas «de todos los mares», y a pesar de alguna otra escapada al gran océano, el mar de Saulo no es un mar de altura, sino más bien un mar domesticado y cercano. La imagen del «mar dormido» se repite muchas veces ²⁶:

Arena,
menuda arena de la playa,
regazo apacible de la onda dormida
que lenta resbala. (185)

El mar, ahora dormido,
descansa en la ribera. (259)

¡Cómo se estremece el mar
cuando el viento lo acaricia,
sin llegarlo a despertar! (368)

El mar dormido o quieto, que apenas tiene respiro de vida:

Sobre la arena amiga
el mar descansa respirando apenas. (252)

O el mar que se hace espumas para jugar en la playa:

²⁶ Vid. págs. 201, 224, 229, 252, 264, 276, 289, 372.

El mar, roto en espumas,
juega sobre la arena. (259)

El mar hecho «flor de espumas», que se estremece «con retozos de espuma», y que teje «encajes de espuma» en la orilla:

Espuma de la ribera,
encaje frágil tejido
entre la mar y la tierra. (373)

Esos encajes de azulada espuma
que se hacen ondas al besar la playa. (459)

Esa espuma frágil y perecedera, como la vida del poeta:

¡Mi vida!
¡Sólo esa espuma que el mar
crea y deshace en la orilla! (225)

Soy frágil como la espuma,
y débil como la flor. (202)

O como la vida de sus cantares:

¡Cantares!...
Música de espumas
que forma los mares. (589)

Así es el mar de Saulo Torón. Un mar en sosiego, rigurosamente atarácico. Un mar de orilla con juego de espumas. Mar apacible y en sordina, silencioso y sin iras. Un mar aquietado que, si alguna vez enarca su furia, es para desbravarse y emblandecerse con «montañas de espuma» (235) o «de azul cristalino» (291). Y sus barcos, más que de alto bordo, son barcos veleros: la barca pequeña que baila sobre las olas, o la barca de velas que cruza las aguas,

dejando una estela
temblorosa y blanca,
como un caminito
de cintas de plata. (316)

Pero este mar, así, limitado, encerrado entre la ribera y el horizonte, este mar y este cielo que abarcan los ojos, a pesar de sus

lindes, anonada al poeta, que se siente empequeñecido ante tanta grandeza:

Cielo y mar...
¡Qué poco somos
para tanta inmensidad! (369)

Como le abrumba la lejanía inaccesible de las estrellas, que parece amenguar su poderío de hombre:

¡Mi poder tan pequeño,
y esa estrella tan alta!...
Aunque la noche se prolongue, eterna,
¡jamás podré alcanzarla! (243)

Al poeta le gustaría un mar más pequeño y las estrellas al alcance de la mano. Como le gustaría también reducir su poesía a estas unidades concretas:

Sólo un verso,
con una sola palabra
y un único pensamiento. (368)

El poeta prefiere las cosas medibles y alcanzables, como el barco velero, como la ola de la playa, como el encaje de espumas.

SAULO Y LA CRITICA

Si reuniéramos todo lo que se ha escrito de Saulo Torón, necesitaríamos un libro voluminoso. Nuestro empeño, más limitado, queda reducido a traer a estas páginas, a manera de florilegio, un acopio de testimonios esclarecedores, entresacados de las muchas críticas y comentarios que se han hecho de la obra del poeta y que han llegado a nuestro conocimiento, casi todos conservados celosamente en la «bombonera» de Saulo Torón. Merecía la pena hacer este espiguelo de exégesis y glosas admirativas. Agradecemos públicamente a la ilustre familia del poeta la generosidad con que ha puesto en nuestras manos tan valioso instrumento de trabajo. Bien sabemos que no todas las citas aducidas tienen la misma jerarquía de valor, pero todas, hasta las más modestas, contribuyen a su exaltación.

«LAS MONEDAS DE COBRE»

— *Claudio de la Torre*. *Las monedas de cobre* fueron leídas y presentadas en el salón-biblioteca del Museo Canario, antes de su publicación, por Claudio de la Torre, que dijo entre otras cosas: «Saulo Torón es, acaso, en la discutida caravana sentimental por el desierto de Las Palmas, el poeta más puro y acaso también, el más humano». «El verso de Saulo Torón tiene el brillo apagado de todo lo íntimo: de las monedas de cobre, del pan nuestro de cada día. No es el oro de Tomás Morales, ni la moderna plata de Juan Ramón Jiménez. Tampoco es el hierro pesado y magnífico del viejo Witman, el americano. Es el cobre francés de Francis Jammes que a veces es español cuando Antonio Machado cambia su dinero castellano.» (Toda la prensa canaria se hace eco de este acto, verdadero acontecimiento literario en las islas: «Renovación», «La Prensa», «La Provincia», «Ecos», «La Crónica», «El Tribuno», «Diario de Las Palmas», «El Noticiero».)

— *Anónimo* (en «El Tribuno»): Sus versos «son jugosos y emotivos; tienen un perfume de alma joven y romántica, y hay en ellos inspiración, bondad y sentimiento».

— *González Díaz* (en «Diario de Las Palmas»): «Saulo siempre está en sus versos». «Siempre hallareis acuerdo absoluto entre su yo y su obra». «Es un poeta-niño que traduce sus *voces interiores*. Y llama monedas de cobre a sus monedas de oro, el oro nativo acuñado por su inspiración».

— *Anónimo* (en «El Ciudadano»): Saulo «pasa silencioso, arrimado a las aceras de su barrio, con su sonrisa amarga y su vida siempre hacia dentro, cada vez más hacia dentro, y nadie podrá pensar que es el poeta amigo, que hizo de su vida y de sus versos una única y sola llamarada interior».

— *Nazarín* (en «La Crónica»): Saulo Torón «es el poeta de lo íntimo, de lo sentimental y hogareño. Hay en todos sus poemas un dejo infantil, como de adolescente que empieza a entrever el gran misterio de la vida y, con los ojos desmesuradamente abiertos, aún no comprende».

— *Anónimo* (en «Renovación»): «Los versos de Saulo Torón tienen luz de sol en el mar y en el campo; luz de luna y penumbra de crepúsculos. En ellos van las almas de todos los soñadores».

— *Jordé* (en «Diario de Las Palmas»): «El poeta nunca ahueca la voz para hablarnos enfáticamente, sacrificando el pensamiento a la pompa y sonoridad exterior del verso». «Se expresa en tono sencillo, sobrio, íntimo, como de conversación familiar».

— *Anónimo* (en «El Heraldó», Madrid, diciembre 1919): «Tienen una humana y honda armonía estos versos familiares, modestos y justos de Saulo Torón». «Estas monedas de cobre valen como si se hubiesen aleado con oro».

— *Suárez León* (en «El Espectador»): «Los versos de Saulo, saturados de belleza contemplativa, de ingenuidad, de sereno meditar, tienen el encanto romántico de un claror de luna, de un florecido luminar de estrellas, del rumor del oleaje que en la noche dice al poeta cosas extrañas de un extraño mundo»...

— *M. Gutiérrez Castro* (en «El Noticiero»): Saulo Torón nos relata «las alternativas de su vivir interno, un poco amargado por las heces de la vida exterior».

— *José Rial* (en «El Tribuno»): «Este libro se abre en una ensenada cordial como un remanso. Es isla por lo que se eleva sobre lo vulgar; mejor dicho, porque eleva lo vulgar hasta hacerlo surgir como esas tierras que se alzan, de pronto, del fondo del océano y presentan conchas marinas en sus cumbres».

— *Daniel González* (en «Renovación»): «Es un poeta melancólico, taciturno, como son los poetas que meditan acerca del propio y ajeno dolor. La Soledad y el Silencio, esos mudos compañeros de las almas errabundas, van dictándole sus versos saturados de una adorable y conmovedora tristeza».

— *K. Larín* (en «Renovación»): «A través de sus páginas vanse observando los fenómenos que mueven, como a un arpa eolia, las cuerdas muy sencillas del alma del poeta».

— *Mariano Daranas* (en «La Acción», Madrid, 23 enero 1920): Son versos «sobrios, circulantes y llenos de una ternura franciscana». «Poemas sutiles, deliciosos y alados. Hay que buscar la escondida al m e n d r a de cada cosa, aun de las más tenues, de las más anodinas y triviales. La contemplación, o sea el recogimiento pre-descriptivo, constituye un inefable placer estético. Todo aquello tan borroso y vulgar en apariencia, tan fuera de lo heroico y lo amoroso, encuentra en la pluma de Saulo Torón un comentario lírico,

lleno de misterio y fervor». «Este grave gesto de intimidad, de elevación, lleva al autor a una serena actitud contemplativa».

— *Luis Doreste* (desde París, febrero 1920): «He aquí un libro que yo no cambiaría por el mejor libro de mis grandes poetas favoritos».

— *E. Díez-Canedo* (en «El Sol», Madrid, 27 marzo 1920): «Hay en su libro un firme amor a todas las cosas del mundo, a los espectáculos naturales y a la diaria estrechez, santificada por *Madonna Poverdade*. Si no fuesen monedas de cobre, los versos de Saulo Torón podrían ser florecillas del huerto franciscano».

— *Díez-Canedo* (en «La Nación», de Buenos Aires): «De sus versos aparta toda vana ostentación. Hubo un tiempo en que los poetas gustaban de compararlos con gemas raras y espléndidos joyeles: he aquí a Saulo Torón que, para imagen de los suyos no sólo acude a un metal modesto, sino que lo toma reducido a baja moneda».

— *Francisco Luis Bernárdez* (en «El Pueblo Gajello», de Vigo): Saulo tiene «emoción doméstica, íntima, sentimental. Morales pudo ser un poeta civil, multitudinario. Saulo Torón será siempre el poeta solista, el poeta de la emoción pequeña».

— *Fray Lesco* (en «El Liberal», Las Palmas, 21 octubre 1926): «En la poesía de Saulo la inspiración se cierne sobre lo prosaico con vuelo de alondra, a ras de suelo, pero sin tocarlo; esbozos de poesía, si se quiere, pero poesía al fin; y yo diría mejor, preludios de gran poesía».

— *Ventura Doreste* (junio 1938): Hay en su primer libro «versos con hondo sabor lírico. Y junto a estos hay poemas con demasiado sentimiento hogareño: en ellos no habrá tanto lirismo como luego la habrá en las restantes obras».

«EL CARACOL ENCANTADO»

— *Cristina Alberta Preemby* (en «El Liberal», agosto 1926): «Saulo Torón, incorporado desde hace tiempo al grupo de los selectos poetas españoles, hoy conquista, con su nuevo libro, un puesto de vanguardia en la lírica nacional».

— *Agustín Espinosa* (en «La Rosa de los Vientos», abril 1927): «Este Saulo Torón de ahora, tiene relaciones —más que con el autor de *Las Rosas de Hércules*—, con el Juan R. Jiménez de la segunda

época, tal vez con Antonio Machado. Pero, sobre todo, su inspiración hay que buscarla en un poeta español muy poco conocido: León Felipe. El ritmo que anima las *Oraciones de caminante* es el que domina en el último libro de Saulo Torón. El tema de la inquietud, de la angustia de pisar siempre la misma senda, del horror al aislamiento, tan característico en el libro de León Felipe, corre por los versos de *El caracol encantado*.

— *F. Silva Rojo* (en «El Liberal», 9 septiembre 1926): «Nuestro poeta no canta la grandiosidad del mar, sino canta la peña que, solitaria y triste, es batida por las olas día y noche sin tener un momento de reposo, y la ola, modesta y pequeña, que va a morir a la playa, humilde y callada, temerosa de mojarnos nuestros pies».

— *Suárez León* (en «El Tribuno», Las Palmas, 2 septiembre 1926): «Hay en estas páginas —donde brilla como un sol la bondad suprema de su alma— una poderosa atracción cautivadora; surge de la trama dorada y malva del verso, como una maravillosa apoteosis de atardecer, la figura de *Ella*; un afecto silencioso y puro del poeta, cantado nostálgicamente y ennoblecido por la pureza del recuerdo».

— *Miguel Noble Umpiérrez* (en «El Liberal», 28 octubre 1926): El libro está «regido por una perfecta unidad poemática». «Es uno de nuestros poetas más sensitivos».

— *José Jurado Morales* (en «El Liberal», 14 septiembre 1926): «La voz de Saulo guarda la cadencia de los salmos litúrgicos y su poesía marinera es tierna como la pastorial de Francis James».

— *Fernando González* (en «Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes», reproducido en «El Liberal», de Las Palmas, 22 septiembre 1926): «La soledad le ha hecho permanecer en su actitud espiritual y formal, mientras los demás... han hallado nuevas inflexiones para su voz, otros asuntos para sus cantos, distintas comodidades para sus posturas. Mariposas del arte, que han quemado las alas, en holocausto a la moda, en la llama de cada día». «Tal influencia ejerce el mar en la obra de Saulo Torón, que la forma de sus versos, como la emoción que vive en ellos, parecen tener un vaivén de oleaje: el pensamiento que se lleva y el corazón que se hace más hondo».

— *Anónimo* (en «Diario de Las Palmas», 21 agosto 1926): Saulo Torón «no canta el mar con entonación épica, con énfasis declama-

torio, sino en tono menor, con acento íntimo, con expresión confidencial» .

— *Anónimo* (en «El Popular», 6 septiembre 1926): «Los libros de Saulo son su espejo. Leyéndolos, se lee en su alma. Y, aparte de sus demás méritos, tienen ese: el de la sinceridad espiritual. Acaso el mayor de todos».

— *Fray Lesco* (en «El Liberal», 21 octubre 1926): Fray Lesco prefiere *Las monedas*. Hay un salto entre los dos libros primeros de Saulo. «Aquél es un collar de poesías desgranadas, agrupadas simpáticamente; éste es ya un breve poema, o por lo menos, un intento de poema». «Entre un libro y otro echo de menos una verdadera evolución poética; y me parece que Saulo, en este segundo libro, desmerece un tanto, apesar de haber elevado la intención y el tono, apesar de haber buscado un interés cósmico. Prefiero sus primeras poesías y preferiría que el poeta hubiera seguido la primera senda». «En *Monedas de cobre* la poesía es directa. Nada se interpone entre el poeta y la naturaleza». En *El Caracol* «la sustancia poética no puede ser más noble; pero la encuentro más jugosa cuando el poeta la hace brotar de un mundo más cercano, del mundo en que palpita y vive. De espontáneo se ha trocado en *volitivo*».

— *Díez-Canedo* (en «El Sol», Madrid, 14 octubre 1926; reproducido en «El Tribuno», 26 octubre 1926): «Saulo Torón no es un poeta descriptivo; es íntimo, fervoroso; no en vano llama *oraciones* a muchas poesías de su libro. El mar viene a confundirse con su propia alma; es el espejo de sus sueños, la cuna de sus aspiraciones, el forjador de sus alegrías».

— *Jorge Frank* (en «El Liberal», 29 septiembre 1926): Este libro tiene una «frialdad más aparente que real, puesto que encubre un cálido fervor y la lírica tragedia de un alma sentimental, tragedia que a los demás podrá parecer minúscula y deleznable, pero que, a veces, llena la trama toda de una vida».

— *J. J. M.*: «Este libro es la obra de plenitud de un poeta, que nos la ofrece como un rico fruto en sazón». «Diríase que los cantos de Tomás Morales eran la voz, y estos cantos del poeta de hoy son el eco. En aquéllos había siempre como una vibración de música impetuosa y fuerte, y en éstos, más bien se encuentra la suave cadencia de una melodía apenas perceptible en el silencio».

— *Valentín de Pedro* (en «La Nación», Madrid, 26 agosto 1926): «La melancolía de los versos de Saulo Torón es la melancolía de las Islas Canarias, prisioneras del mar». «Recuerdo su encuentro y sus versos, una noche, camino de América, en la playa de Las Canteras. Al recibir *El Caracol* es como si nos encontráramos de nuevo con el poeta amigo, como si estuviéramos con él en aquella hora lejana en que nos abrió su alma, florecida de ritmos, como un cielo florecido de estrellas».

— *Valbuena Prat* (en «La Gaceta Literaria», de Madrid, reproducido en «El Tribuno», 3 agosto 1929): Saulo «nos da un poema exclusivamente oceánico. La obra —concebida y ejecutada musicalmente— es una sinfonía marina, a base de los temas de nostalgia, irizaciones, nubes, espuma, noche, misticismo; sobre estas melodías persiste eterna, inmensa, monócroma, la armonía de las olas del mar. El precedente de esta técnica se podría buscar en el Juan Ramón de *Piedra y Cielo*».

«CANCIONES DE LA ORILLA»

— *S. L.* (en «El Federal», 9 abril 1932): «En sus versos hay como un jadeo esforzado de luchador, que quiere siempre vestir con sonrisas la pena oculta y con alegría externa la amarga aridez del mundo subjetivo».

— *M. G. C.* (en «El Tribuno», 2 abril 1932): Hay en este libro «hondura de pensamiento, hondura clara, de manantial que discurre fresco y rumoroso sobre un lecho de roca. No hay abismos en este pensamiento. Luz, claridad, diafanidad infantil».

— *José Rial* (en «El Día», Tenerife, 4 abril 1932): «Y surge este tercer libro, que podríamos llamar el libro del Otoño, y que es todo él como una elegía. Saulo ha encontrado otra vez el acento suyo y la expresión suya. Lo reflejo, que es su característica. Y como lo que en él refleja es el paisaje desolado de su propia alma, su infantilidad de hermano menor, su canción de ahora es quizá más débil que aquellas otras, más sencilla y fácil, más candorosa, pero más sincera que ninguna».

— *Jordé* (en «Diario de Las Palmas», 7 abril 1932): Sus rimas «reflejan una envidiable tranquilidad interior, la paz de un espíritu contemplativo, el quieto remanso de una conciencia que no sufre per-

turbaciones. Sueña con sus ideales, y si no ve la posibilidad de alcanzarlos, no se encoleriza, no protesta, se resigna y conforma con su destino».

— *Guillén Peraza* (en «El País», 6 abril 1932): «Saulo Torón es un hombre que pisa la tierra con pies ligeros. Con pies de niño. Con pies y pisadas que nadie oye. Su alma, con un contenido espiritual rico, apenas se abre o entreabre para los demás. Tiene el pudor de expresar su sentimiento».

— *A. M.* (en «La Prensa», Tenerife, 23 abril 1932): «Admirable poeta el que sabe decir cosas tan bellas con palabras tan justas. Ni una de más ni una de menos. Suave encanto de olas pequeñas y de espumas vírgenes hay en ellos».

— *Suárez León* (en «El Tribuno», 9 abril 1932): «Leyendo *Canciones de la orilla*, en mis ojos han temblado las lágrimas, porque hay tal dulzura en la expresión, tal bondad y nobleza en la honda raigambre emotiva, un ritmo tan sosegado y sereno en la fluidez del verso, habla el alma de un modo tan cordial y sincero, que el espíritu siéntese envuelto en una onda suave de acariciadora ternura».

— *Angel Tristán* (en «El País», 28 abril 1932): Es un libro «deliciosamente silencioso», con sólo «las metáforas inevitables», que elimina «todo intrascendente juego conceptual».

— *Agustín Millares Cubas* (en «Diario de Las Palmas», 20 abril 1932): Saulo Torón es un «poeta refinado, sutil y elegante», con «la sencillez pura y delicada de sus estrofas».

— *Luis Doreste* (en «Diario de Las Palmas», 6 abril 1932): «Es el mejor libro de nuestro poeta». Supera a los anteriores «en densidad lírica y en simplicidad de medios expresivos. Saulo escala plena altura emotiva en sus *Canciones de la orilla*; diáfano y jugoso su verso, aparece en perfección con la espontaneidad del fruto limpio y sano». Con este libro alcanza «un asiento de honor entre los mejores poetas españoles actuales».

— *F. D.* (en «Azor», Barcelona, 15 octubre 1932): Saulo Torón «nació en el borde marino de la Isla y en él se ha quedado con pereza de sol y de mar sosegados». «Cumple así su destino de marinero en tierra, nauta de la nave del sueño hacia su horizonte único, prendado y prendido de su mar». «Saulo Torón hace del ángulo Tomás Morales-Alonso Quesada, el triángulo equilátero —con valor de per-

manencia— que cierra una generación sin precedentes. Aunque sí, por fortuna, con sucesión».

— *Fray Lesco* (en «La Libertad», Madrid, 6 agosto 1932): «Todos nuestros poetas adolecen de él, hasta cuando maldicen del aislamiento. El árbol ermitaño de Estébanez, el remanso de la orilla marina de Saulo Torón, las visiones meridianas de Tomás Morales, el hamletismo de Alonso Quesada, las lindezas infantiles de Josefina de la Torre, la avaricia de infancia de Fernando González, el barroco africanismo de Vicente Boada, los airecillos exóticos de Félix Delgado..., todo ello es cuerpo de una sentimentalidad que pugna por trascender de la tierra madre y que recae en ella como lluvia incoercible».

— *Azorín* (en «La Prensa», Buenos Aires, 10 julio 1932): «Breve y claro, el libro de Saulo Torón nos hace pasar una hora en ensoñación dulcísima». Leyéndolo, «la sensación antigua, que creíamos olvidada —¡después de tanto tiempo!— ha tornado a resurgir en este instante en que tenemos el libro del poeta entre las manos». El libro es ahora *Canciones de la orilla*, de Saulo Torón; mañana será otro. Mañana este libro que acabamos de leer no habrá cambiado; pero será otro libro. Las sensaciones que suscite en nosotros serán diversas; porque nosotros, si lo leemos ahora en un momento de suave melancolía, lo leeremos mañana en instantes de euforia vital. Un libro de poesía lírica no es un solo libro; su milagro consiste en que el volumen se multiplica, a la par que van sucediéndose, en torno al nexo central de nuestra personalidad, las múltiples personalidades efímeras que todos llevamos con nosotros».

— *Agustín Espinosa* (en «Diario de Las Palmas», 20 junio 1932): «Antes de ayer era Bartolomé Cairasco. Ayer, Tomás Morales... Hoy es un nieto de Bartolomé, un hijo de Tomás, el que, junto a la vieja orilla, tiembla su corazón y dice su canto... Hoy es Saulo Torón. Marinero de tu tierra. Alumno de tu mar. Colegiado de Neptuno. El que, cara a la mar —ocio y ardor— canta». «Jugaba a la música marina el abuelo. Jugó el hijo a la marina plástica. ¿A qué juega ahora el nieto? Ni a la música, ni al color. Ni al tiempo, ni al espacio». «El mar en que juega, trágicamente, Saulo, ni el del lejano abuelo es, ni el del cercano padre. Es con el alma pura del mar, con su espectro ulterior, con su incanoro ritmo, con lo que Saulo juega. Y es un juego de agonía el suyo, de aire en pie, de atormentado tiento».

«Confina el sáulico mar a la vez con la *vida* y con la *muerte*. Es fronterizo del cielo y tangente de la tierra. Es mar de dos orillas. Del ahora fugaz y del mañana eterno».

— *Ventura Doreste* (junio 1938): De *Las monedas de cobre hasta Canciones de la orilla*, el salto ha sido grande. Una a modo de catarsis se ha operado en su ánimo. En su primer libro había afinidades con otros poetas insulares; en su último libro se coloca por encima de ellos. Su obra es ya suprema en la lírica canaria. La sencillez del libro es ya lo difícil; tiene irizaciones de conchas, de corales, de maravilla. Hay una limpidez esplendorosa. Su poesía no tiene ningún carácter mistagógico; sus poemas son la madurez del poeta, casi en la cima de la ascensión de la vida».

SAULO TORÓN EN LOS LIBROS

— *Sebastián de la Nuez* (en *Tomás Morales. Su vida, su tiempo y su obra*, Universidad de La Laguna, 1956): «Entre la vida, el medio y el temperamento del poeta hay un equilibrio perfecto, que se trasparenta en su poesía, que le hace ser la más pura, la más serena y la más clásica —en este sentido de medida— de todas las Canarias».

— *Díez-Echarri y Roca Franquesa* (en *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*, Madrid, 1960, pág. 1298): «Con una sensibilidad más afín a la nuestra, prefiere un tono menor, que por su desnudez expresiva le acerca a veces a Juan Ramón Jiménez y por lo sentencioso y grave hace recordar la última manera de Antonio Machado».

— *Valbuena Prat* (*Historia de la Literatura Española*, tomo 11, página 897, Barcelona, 1937): «Después del libro primerizo *Las monedas de cobre*, donde ya apuntaban temas marinos junto al canto íntimo y el aislamiento, publica *El caracol encantado*, que viene a ser una sinfonía marina, del océano esfumante e inmenso. Su poesía más honda se halla en *Canciones de la orilla*, en que el sentido lírico del mar se une a un neoprimitivismo, ingenuo, bellamente lírico».

— *González Ruano* (*Antología de poetas españoles contemporáneos*, Barcelona, 1940): «Torón pertenece a la generación modernista que tiene en Canarias un matiz propio y especial. Un afán de



Saulo Torón con un grupo de amigos en el Puerto de Las Nieves (Agaete). De izquierda a derecha: Antonio Afonso, Juan Sosa, Vicente Mujica, Juan del Río, Domingo Castellano, José Medina, Orlando Hernández, Domingo Velázquez, José Nicolás Boada, Saulo Torón, Rafael O'Shanahan, Fernando González, Vicente Boada, Gabriel de Armas, José Luis Pernax, Leopoldo O'Shanahan y Alfonso O'Shanahan.



En un homenaje a varios poetas canarios. De izquierda a derecha: Pedro Perdomo, Luis Doreste, Josefina de la Torre, Saulo Torón y Fernando González.



Saulo Torón con un grupo de poetas canarios. De izquierda a derecha: Tomás Arroyo, Luis Doreste, Vicente Boada, Saulo Torón, Fernando González, Luis Báez, Francisco de Armas y Montiano Placeres.

darle a sus poesías cierta gravedad de sentencias nos hace recordar muchas veces la lectura de Antonio Machado».

— *José Quintana* (96 poetas de las Islas Canarias, Bilbao, 1970, página 106): «Amantes del mar, Morales y Saulo: uno, a lo universal, haciendo navegar su mundo mágico por todos los confines, aupando la Isla, y las Islas como naves errabundas; Saulo, amando la olita que lame sus pies, que besa la tierra negra y rubia, el vaivén que, suavemente, se arrastra arena arriba, viendo el brillo de las límpidas aguas reflejarse en un fondo de luminosidad. Saulo ama el mar y lo canta como su erótico amor, haciendo de la geografía marina el espacio lírico de su alma».

EL GRAN HOMENAJE A SAULO

El 11 de octubre de 1969, en el Bodegón del Pueblo Canario, se celebró el gran homenaje a Saulo Torón, convocado por el Neotea, con una asistencia extraordinaria de amigos y admiradores, porque, como decía la convocatoria del homenaje, «en cualquier tiempo y en cualquier circunstancia, Saulo Torón ha ceñido, en su torno, la cálida afectuosidad de los fervorosos de su lírica singularísima». Un grupo de poetas exaltó su figura, e hizo el ofrecimiento del acto don Manuel Morales Ramos, hijo de Tomás Morales. Se recibieron adhesiones de Dámaso Alonso, Alfredo Kraus, Claudio y Josefina de la Torre, García Nieto, Ramón de Garciasol, Buelo Vallejo, Rafael Morales, Enrique Azcoaga, Sebastián de la Nuez, Pedro Perdomo, Fernando González, Pedro Cabrera y muchísimos más.

— *Manuel Morales Ramos* (en «El Eco de Canarias», 12 octubre 1969): «La poesía de Saulo Torón se me parece como una hermosa lección de lealtades. Lealtad para consigo mismo, lealtad para con el hombre que ha ido edificándola, lealtad para los demás, lealtad casi hasta los límites de lo obsesivo con los compañeros de una generación poética, de la que es, y sea por muchos años, glorioso superviviente».

— *Juan Velázquez* (en «Diario de Las Palmas», 13 octubre 1969): Define a Saulo Torón como «dilecto profesor de suaves y hondas melancolías» y percibe el «tranquilo, sencillo y hondo alquitaramiento de la versión atractiva de su cantado mar».

— *Juan Márquez* (en «El Eco de Canarias», 13 octubre 1969): Saulo Torón es «un Hombre triplemente fuera de serie. Primero, por su esquisitez, sensibilidad y talento. Segundo, por su maravillosa modestia, fundamento de toda auténtica inteligencia; culminando esta perfecta trinidad con esa otra característica suya, su inmensa bondad».

— *Juan del Río Ayala* («en «El Eco de Canarias», 4 octubre 1969): «Saulo Torón, longevo pero no marchito, es ahora la más alta diana a la que apunta ese arco de justificados homenajes que es el Neotea. Saulo poeta, no se le concibe de otra forma..., tiene la impronta humildad con cadencias canarias de la lírica íntima y el canto introvertido como si temiera salir al exterior con estridencias».

— *Rafael Ramírez* (en «Diario de Las Palmas», 4 septiembre 1969): «Es necesario rendirle homenaje de gratitud por tantas enseñanzas derramadas y por el ejemplo que supone para actuales y venideras generaciones».

— *Antonio Cillero* (en «La Provincia», 9 octubre 1969): «Escritor ocupado de sí mismo, de sus pequeños afectos próximos, de la dulce observación de las cosas, habla de lo que él ve sólo por sí, de tal modo que sus más encendidos epígonos repítenle el sambenito de poeta intimista donde bastaría decir sentimental y personalista».

— *Dolores de la Fe* (en «La Provincia», 28 septiembre 1969): «La amenidad de su charla es asombrosa. Cada recuerdo suyo a través de palabras, pierde esos barrocos caracteres de daguerrotipo que suelen tener los recuerdos, para convertirse en un cuadro lleno de vida, de gracejo».

— *Jesús Delgado* (en «Diario de Las Palmas», 22 septiembre 1969): La poesía de Saulo «más intensa que extensa, sencilla, intimista y recoleta, ha logrado un renombre que ha traspasado los estrechos límites de nuestro medio ambiente y su rúbrica goza, a estas alturas, de una estimación muy bien ganada».

— *Juan Bosch Millares* (en «El Eco de Canarias», 10 octubre 1969): «Venerable figura del Parnaso isleño y enamorado asimismo de este mar nuestro, el agasajo y reconocimiento a su valía intelectual será la justa recompensa que ha de acusar con emoción, pues cansado de andar con el tiempo y por el tiempo, los años que blanquean su cabeza son los mejores versos que pueden coronarla».

— *Perdomo Azopardo* (en «Diario de Las Palmas», 13 octubre

1969): «Cálido homenaje el ofrecido el sábado a Saulo Torón... Masiva asistencia de amigos y admiradores de su obra que deseaban testimoniar su adhesión no sólo al poeta, sino también al amigo. Saulo (don Saulo), ese viejo imbatido por los años, logró uno de esos espontáneos movimientos que son —sencillamente— el culminar de una vida».

— *Agustín Quevedo* (en «Diario de Las Palmas», 10 octubre 1969): Habla de «ese homenaje que ha venido preocupando (a Saulo), que tanto le ha afectado, desde que unos amigos decidieron organizarlo, y que usted en su incorregible timidez —la timidez esa suya mucho más poderosa que los tantos años de su vivir—, ha querido esquivar tesonosamente».

— *Atilano* (en «Diario de Las Palmas», 20 septiembre 1969): Saulo Torón «con casi un glorioso siglo de poesía a la espalda, contemplando lo próximo y lo lejano, al borde de los días y de las cosas, bordando canciones, amores y nostalgias al son de su *Caracol encantado*». «Poeta como Francis James o como Rosalía de Castro, de ayer, de ahora y de mañana. Poeta al que antologiza el corazón entero de la Isla».

— *Andrés Hernández Navarro* (en «El Eco de Canarias», 21 septiembre 1969): «Saulo Torón conservó en su poesía el aire de una época, pero siempre en avanzada, soñando, tal vez, el futuro sin perder una sola nota del pasado; viviendo hacia mañana, pero con el recuerdo pronto de una juventud soñadora. Pero en el poeta queda marcado el espacio, con las influencias geográficas de la Isla. El mar, la montaña, la vida cotidiana, la tarde por el sendero y el paisaje agreste o risueño de sus esperanzas».

— *Díaz Cutillas* (en «Diario de Las Palmas», 8 octubre 1969): «La poesía y la música en un hogar entrañable para todos cuantos conocen —y si conocen, admiran— a don Saulo y a doña Isabel y a sus hijos. Don Saulo Torón, espectador excepcional y constante de las clases y sesiones de canto, es ahora merecido objeto de este homenaje, en que tantas admiraciones y afectos cantan»...

— *Belarmino* (en «El Eco de Canarias», 18 septiembre 1969): Saulo Torón «alzó su estro y su cántico, siempre en voz baja y en sentencioso y armonioso susurro, ya *Junto al muro*, ya casi al final. Y qué lección de verdad y de ternura nos da en sus versos de *Frente al muro*. La vieja voz musita, entornece y alecciona. La dulce

y sabia voz de quien ha vivido mucho y perdonado bastante y ya poco espera. Sentado, más que en pie, junto a la ansiada orilla. Con los ojos y las lágrimas en lejanías pretéritas y en amores próximos y casi filiales. Manuel Morales Ramos será quien con sus palabras, el mejor fruto de un amor heredado, ponga, sobre la ungida sencillez del poeta, la corona del homenaje».

— José Quintana (en «El Eco de Canarias», 30 septiembre 1969): Saulo Torón «sin otros atributos en su vida que la entrega de tantas primaveras a su tierra, a sus amigos, pobre en riquezas, nos deja el amor a nuestro mar, a nuestras playas; y sus versos, en obra completa que editara el Excelentísimo Cabildo Insular».

F I N A L

Casi cinco años después del homenaje, el 23 de enero de 1974, muere Saulo Torón. Su gran amigo Ignacio Quintana expresó entonces el llanto de los poetas y del mar: «Aún doblan las campanas de la catedral de Santa Poesía y doblarán mucho tiempo, como lloran las almas del *verbo noble y la ideal medida* y las barcas junto a la playa desierta, y las olas con espumas de lágrimas, y el mar inmenso, infinito y camarada de Tomás Morales, y el mar íntimo y solo de Saulo. Doblan y lloran por él, por el poeta, el poeta entrañable de las cosas sencillas y eternas». Y evoca su «sensibilidad a flor de piel» que «le humedecía los ojos y le ahogaba la expresión. Sus versos nacían de una lira íntima, de una vida interior de la que él disfrutaba plenamente. Era, como él cantó, una barca pequeña sin más vela que su pensamiento». «Tenía el don de lágrimas, sin que el geniecillo del humor le abandonara. En su juventud escribió en los periódicos, polemizó, ironizó..., pero supo también decir la disculpa o el perdón ante el hermano dolido. Fue sencillamente bueno, manso, humilde. Y su verso mejor fue el sosiego de su conciencia en la casa, junto al jardín, mirando al mar —¡oh, el mar, sublime obsesión lírica de Saulo Torón!—, besando a un niño, contando y cantando a las estrellas, sintiendo a Dios en todas partes». («Eco de Canarias», 26 enero 1974.)

ALGUNOS POEMAS EN HONOR A SAULO TORÓN

ELOGIO A SAULO TORÓN

Saulo Torón, hermano del oro de la tarde,
 el más ilustre hijo de mi pueblo nativo,
 por la celeste hoguera que en tu tesoro arde
 está mi corazón libertado. y cautivo.

El mar te dijo un día su secreto romántico
 y tú al mar le dijiste tu secreto de oro,
 y así fue el mar poeta y el poeta fue Atlántico:
 únicos guardadores del más bello tesoro.

Lanzaste tus «Monedas de cobre», peregrinas,
 a recorrer el mundo, como las golondrinas,
 y han vuelto del color del gran disco solar.

Apolo, el sacerdote, entra en su templo egregio
 llevándote del brazo, y ante el concurso regio
 alza por tí la copa delante del altar .

(Fernando González, 1919.)

EN EL HOMENAJE A SAULO TORÓN

Las monedas de cobre ya son oro
 que el tiempo, fiel maestro, aquilatará ..
 Hoy las vemos brillar como almenara
 Alumbrando tu arte y tu decoro.

Y *el encantado caracol*, sonoro,
 De tantas voces que la mar creara,
 Se hace una sola voz en esta clara
 Jornada de amistad. Y se oye el coro

De las dulces *canciones de la orilla*
 Llenas de gracias y de virtud sencilla
 Como la fuente de tu corazón:

Monedas, caracolas y canciones
 Son un mar infinito de emociones
 En homenaje a tí, Saulo Torón.

(Ignacio Quintana Marrero, 1969.)

A DESHORA

Un día el alma exaltada
quiso cantar en tu honor,
pero no estaba afinada
para tan alta tonada
mi pobre lira interior.

Y aquel cantar tembloroso
en el alma se quedó:
¡en un fervor cariñoso
por tu libro prodigioso,
mi cantar se transformó!

Que afinando la rudeza
del desacorde de ayer,
fue limando la aspereza
y dando nueva belleza
a mi antiguo parecer.

En el silencio emotivo
el alma fue una ilusión:
acorde el plectro esquivo
en un soberbio motivo
de armonía y corazón ..

Y pues no es dable al sincero
esa armonía ideal,
gozo con ser el postrero
que en tu triunfo primero
brinde el canto fraternal.

Y así, con ánimo recto
y un amistoso sentir,
sin esperar lo perfecto,
pongo en mi campo el afecto
que ayer no supe decir.

Hoy mi orquesta más precisa
se ensaya en esta canción
con más amable sonrisa,
cual la modesta divisa
del libro, Saulo Torón ..

Tus Monedas, de divino
furgor de cobre lunar,
van señalando el camino
del tesoro cristalino
que terminas de encontrar.

JOAQUÍN ARTILES

¡Y yo el más pobre viajero,
falso de toda emoción,
avancé por el sendero
recogiendo aquel dinero
que faltaba al corazón!

En tus «Monedas de cobre»
tienes un gran capital,
que vas repartiendo sobre
la gran miseria del pobre
mendigo sentimental.

¡Ya eres el rey fabuloso
del gran tesoro sutil!
¡Tu corazón luminoso
pudo lograr el piadoso
y dulce anhelo infantil!

(Vicente Boada, 1920.)

A SAULO TORÓN

Unida va a tu nombre y a tu verso
la nostalgia del tiempo que ya es ido;
los meses y los años se han hundido
en la sima sin fin del universo

Cuando tuve conciencia me vi pobre.
Tu caracola mi ambición despierta
y un tesoro coloca ante mi puerta,
pues era oro de tu verso el cobre

Sintiendo ya cercano el postrer viaje,
sin oro, plata o cobre en mi bagaje,
siento que se renueva mi ambición.

Como tú yo quisiera haber sembrado
y que fuera el amor fruto logrado
de la mejor simiente: el corazón.

(Juan Millares Carló, 1965)

A SAULO TORÓN

Saulo: sé que te sobran las laudes oficiales
e incluso las que nacen cerca del corazón.
que ante nuestro homenaje aún te estás preguntando:
¿Qué he hecho yo? ¿Qué soy yo?
Hay tanto borrador en sucio de hombre
mendigando un honor,
que ese asombro sincero con que tú los recibes
sería suficiente y asombrosa razón

Perdona: Los amigos me han pedido que escriba
las cosas que ellos sienten dentro del corazón.
Todos quisieran darte una respuesta
a esa pregunta tuya. ¿Qué he hecho yo?

Nacer, honrar la vida, fundar hijos y amigos,
escribir sin remedio cuatro libros de amor.
No cobrarnos la gloria que todos te debemos
«¿Qué he hecho yo?»

Maestro a pesar tuyo. Lección de lealtades
Hombre en una palabra. Hombre y poeta en dos.
Canciones en la orilla. Canciones frente al muro
largos años al sol.
Cuando era muy sencillo coronarse Rey Midas,
y convertir en oro la baja adulación,
tú has preferido el cobre: metal de hogar del pueblo,
sonoro en la campana si no en el mostrador.
Metal que no reluce, aunque la luz conduzca.
¡El pueblo bate el cobre, el oro falso no!

Ahora somos nosotros los que nos preguntamos.
¿Qué he hecho yo, qué soy yo?

Recibir homenajes no es lo tuyo. Imagina
que somos tu familia alrededor,
y haznos el homenaje de estar junto a nosotros,
de repartir tu pan y repartir tu voz.

¡Todo lo que tú eres no se va con la vida:
en nuestra orilla siempre sonará tu canción!

(Pedro Lezcano, 1969.)

EL CARACOL ENCANTADO

El caracol es una rosa marinera
 calcificada por el sol;
 dentro, un niño
 mariscador.
 Dándole un reto a la oreja,
 que es el humano caracol,
 el niño habla del silbo como fuente
 de la que el viento nació;
 y de dónde forja el sol su espada
 por los agostos del calor
 y de cuándo los peces de la sangre
 penetran en el corazón.
 Y habla también de las mareas
 que oscilan por el amor,
 señalando en el jardín de cada ola
 cuál es su mejor flor,
 qué sonoridad del océano
 desprende el más fecundo olor.
 El caracol, nos dice, es una epístola
 dictada a Saulo Torón,
 porque Saulo es como Pablo,
 misionero y pescador.
 Por apóstol y poeta,
 Saulo, acompáñanos,
 que el camino se hace largo
 y al final espera Dios.

(Pío Gómez Nisa, 1969)

A SAULO TORÓN EN SU HOMENAJE

Poeta encanecido que aún llevas en el alma
 las antiguas orillas y los cielos lejanos
 y en un arca encantada tu corazón encierras,
 corceíl embalsamado de juveniles días

Poeta de temblores y de tímida mano
 cuando cortas tu rosa, despabilas el fuego
 en que vas deshilando pesadumbres y ayeres,
 despabilando acordes de tu violín de padre.

CANCIÓN ENTERA PARA SAULO TORÓN

Porque aún hay fuego en tu herida,
 no puedo dormir en paz.
 Aún te da guerra pensar
 que se te acaban los días
 sin que los veas cambiar.
 Aún la pena se te da
 como a la rosa la espina,
 más siempre dispuesto estás
 a comenzar otra rima,
 con menos años quizá.
 Joven, como la que más,
 responde tu poesía,
 sin que abandones la orilla,
 a la llamada del mar.
 Las olas te movilizan.
 Eres la voz más sencilla
 que entona el mejor cantar,
 por debajo y por encima
 del tiempo que se nos va.
 Te alienta la fe más viva.
 No es cierta tu ancianidad
 Estrella otra vez partida,
 partida por la mitad,
 jamás se da por vencida
 y vuelve a dar claridad.
 Que venga Dios y lo diga,
 que diga si no es verdad
 que tiempres tienes la dicha
 y el aire para soñar
 En la playa de la vida
 hay quien te ve todavía
 salir desnudo del mar

(Agustín Millares, 1969)

PARA SAULO TORÓN, GRAN POETA Y QUERIDO AMIGO

No temas al crepúsculo
 que embellece las horas, si uno piensa
 que siendo luz amortiguada, tiene
 tan fugitiva y dúctil transparencia,
 que armoniza los tonos de las cosas
 y esclarece en el hombre las ideas

Recoge, Saulo, en el bazar del alma
 cuanto el crepúsculo te ofrezca:
 un sabor, un olor, un simple goce,
 la lágrima —retazo de una estrella—
 la sonrisa que amaste, y el acento
 de la voz que te canta, y te recrea.
 Arropa en el declive, sin agrura
 los pensamientos tristes, y alborea
 los oscuros, recóndidos parajes,
 con el rescoldo de unas brasas viejas
 —residuos, ecendrados de tí mismo—
 de las albas de antaño, y hermosea
 el crepúsculo tuyo, soleando
 esas últimas horas con que cuentas.

(José Jurado Morales, 1969.)

PARA EL POETA SAULO TORÓN

De nuevo,
 convertido
 en luz de arena
 y en estrella de rostro
 y aire
 sumergido,
 llegas,
 poeta,
 por el azul camino
 de espesa espuma
 de oro y sal,
 por el aroma transparente
 que es nuestro
 viejo
 territorio,
 nuestro archipiélago
 de sangre,
 fuego
 y viento.
 De la verdad de tu agua
 salen cristales submarinos,
 algas
 de humo y hierro

que se atan a tu pelo
como hilados de ciclones
filtrándose en el mar.
De isleña claridad
es tu vuelo emplumado;
un círculo de nidos
te saluda
de medio arriba,
rezumando
helada libertad.
Tu paz y tu esperanza
sostienen
en el cielo de los océanos
las columnas del hércules guerrero,
las praderas del llanto
y de la muerte.
Llegas,
poeta,
del íntimo color del infinito
a poner tu sonoro pulso
y el aguacero de tus versos
junto al dolor del hombre,
su pena y su miseria.
Mientras el viento turbio,
dándose de golpes
contra los árboles
del odio,
quiere borrar tus huellas,
de hueso,
tierra,
lluvia
y carne,
tus pasos por el mundo
resuenan como espejos.
Llegas,
poeta,
al pueblo;
tu salitrosa frente
arrugada en la lucha
inagotable del silencio.
Arrugas tiene el surco
donde trabaja el campesino,
arrugas el camino
por donde viaja el carretero,
arrugas tiene el cielo

y la mar,
tu mar, poeta amigo,
donde tú fuiste,
amando,
el mejor marinero.

(José Caballero Millares, 1969.)

EL POETA VIEJO

Bajaba puntualmente todas las mañanas
hasta la Avenida de Alcaravaneras.
Desde mi casa de niño, su misma calle,
le veía arrastrar sus años de viejo
soñador, su pelo blanco y sus manos
cárdenas, y la vista siempre puesta
en el horizonte de la acera, jamás
sin alzarla junto a nosotros, niños
ociosos de verano por el mes de agosto
de todos los años siguientes, y él
que decía «adiós», levantando
su mano y esbozando una sonrisa
apenas dibujada, de buen padre
que nada interrumpe, ni el campo
de gravedad de nuestra infancia.
Y siempre fue así, todos los años que tardó
en doblar la esquina, seguir por León y Castillo,
cruzar a la Avenida, perderse
en la playa y volver a nuestros años
de hombres, encontrarlo todavía más joven
que nosotros, con su cuerpo decrepito
y su canción sonando siempre como un viejo
clavicordio, don Saulo
y nosotros ya definitivamente
desafinados.

(Alfonso O'Shanahan, 1969.)